

NOSOTROS



REVISTA MENSUAL ANARQUISTA

V

En manos del Estado la fuerza se
llama derecho; en manos del indivi-
duo, crimen.

STIRNER

FEBRERO 1938

VALENCIA (España)

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRAS EDICIONES

EL UNICO Y SU PROPIEDAD, de Max Stirner,
edición especial en papel pluma. . . . 12 pesetas

CARTELES, de Rodolfo González Pacheco, selec-
ción hecha por el autor de sus mejores
escritos 8 pesetas

LA UNIVERSIDAD POPULAR, de Felipe Aláiz . 1 peseta

ESCUCHA, CAMPESINO, de Juan de Iñiesta . 1 peseta

ARTE DE ESCRIBIR SIN ARTE, de Felipe Aláiz . 1 peseta

LA ESCUELA Y EL NIÑO, de Miguel Giménez
Igalada. 2 pesetas

EN PRENSA

EL PROLETARIADO MILITANTE, de Anselmo Lorenzo.

EN PREPARACIÓN

LA INICIACION INDIVIDUALISTA-ANARQUISTA, de E. Armand
y LA IGLESIA ANTE SUS JUECES, última obra de Han Ryner.

PEDIDOS

EDITORIAL **NOSOTROS**

AVENIDA BLASCO IBAÑEZ, 4, PRINCIPAL
VALENCIA (España)

Ayuntamiento de Madrid

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL ANARQUISTA

Año I

N.º 5

Sumario

Clima Ideal.

Por Han Ryner: Invitación.

La sabiduría.

Teoría del español furtivo y del español oficioso.

El individuo en la sociedad.

El Anarquismo: La sociedad sin gobierno.

Individualismo: Anarquismo egoísta.

Irreverencias: Asocial. — El cercado.

El interés de ser amado: Divagaciones egoístas.

Murillo: Temas de arte.

La Música y el Cine.

Tolstoi, ¿fué un individualista?

Correo nuestro.

Administrativas.

Suscripción:

6 pesetas semestre
12 » año

Dirección:

Avda. Blasco Ibáñez, 4 pral.
Teléfonos: 10894 y 11715

VALENCIA, 1.º Febrero 1938.

Ayuntamiento de Madrid

Clima Ideal

Existe un punto, más imaginario que real — el cero del termómetro —, desde donde puede partirse en dos direcciones: una, ascendente, hacia temperaturas cálidas; otra, descendente, hacia temperaturas frías. Existe otro punto tan ideal como el cero termométrico — la democracia — desde donde pueden seguirse otras dos direcciones; hacia el fascismo, una; hacia el comunismo, otra. En cualquier dirección que te aventures, hombre, hallarás, por frío o por calor, la muerte; por empirismo tiránico o por cientificismo despótico, la asfixia.

Sube el punto termométrico hasta hallar el calor suave que agrada a los cuerpos, y habrás hallado la temperatura ideal; eleva la democracia hasta el lugar en donde pudiendo vivir el DEMOS le sea imposible fructificar al KRATOS, y habrás tropezado con el sitio exacto en donde se puede vivir en libertad.

A este punto, hombre, se le llama Anarquía.

INVITACION

Por Han Ryner

Han Ryner ha muerto.

No dejemos que la pena nos ahogue; no permitamos que el nudo que oprime nuestra garganta se deshaga en lágrimas de desconsuelo; desechemos la tristeza que, al invadirnos, marchitaría la frescura de nuestro corazón. El maestro ha muerto, es verdad, pero nosotros, los amigos que bebimos sus palabras, sabemos, él nos lo enseñó, que la muerte es tan sólo el desenlace natural y lógico del vivir. Y sabemos también, él nos lo dijo, que la serenidad, supremo bien que es posible alcanzar en la vida, no debe abandonarnos un momento para que no se agriete y desmorone la fortaleza del carácter que levantamos en nosotros con los mejores materiales que nos suministró nuestra bien templada voluntad.

Han Ryner ha muerto.

No le lloremos, que nuestro gran amigo no gustó del llanto que riega penas, sino de la alegría que las disipa por ser fruto eterno del sabroso vivir. El llanto, zumo del dolor, ablanda el cuerpo y nubla los ojos; la alegría, cuya esencia es la risa, temple la voluntad y despeja la vista. Serenos, pues, con la serena alegría de los epicúreos, cuyo patriarca, en estos tiempos de miedo y de oprobio, era Han Ryner, despedámosle teniendo en los labios la sonrisa cordial con que despedimos al ser amado que

esperamos abrazar mañana. Y así, no nos morderá el dolor dando un tono triste y feo a nuestra vida; y así, de nuestra fuente de amores, según quiso el maestro, brotará, con el mismo candor del agua, la risa que alegrará al mundo haciéndole olvidar llantos y penas.

Han Ryner ha muerto.

Ya no podremos tejer para él la guirnalda de blancas rosas que orlaria su hermosa frente; ya no podremos oír su voz, aquella voz, tan clara como un mediodía, que pregonaba amores mientras vivía en ellos; ya no gustaremos, en un nuevo canto suyo, las armonías de la sencilla y elegante prosa que brotaba de su cerebro con la misma naturalidad con que brotan de la tierra las margaritas y que tenía la modestia graciosa y fecunda del fruto en sazón.

Han Ryner ha muerto.

Pero de él nos queda, cual de las rosas lozanas que fuimos contemplando al recorrer el camino de nuestra dicha, lo mejor de él mismo: el aroma de vida fecunda que exhaló su cuerpo y que es lo mejor y más puro que regalan los hombres y que ofrecen las flores, ya que tras ellos, tras de todos los buenos, queda siempre una estela de gracia y bondad que perfuma el ambiente.

Han Ryner ha muerto.

Una manera de honrarle sería la de reunir su obra dispersa para continuar después sus enseñanzas entre los hombres que tanto amó; otra, y mejor, consistiría en vivir de acuerdo a lo que en nombre del maestro enseñásemos, ya que ello significaría que su doctrina no fué letra muerta y fría, sino esencia de bondad vivida; y una tercera, y superior por ser compendio y ampliación de las otras dos, nos llevaría a unirnos sus amigos y discípulos por un lazo de amor, no conformándonos con propagar y vivir de acuerdo a su doctrina, que ello podría llegar a ser vicioso encierro o veneración torpe que formase iglesia, sino dedicándonos, a la vez, a medir cada una de sus palabras, a pesar cada una de sus frases, a calibrar cada una de sus intenciones, a profundizar, y purificar si nos fuese posible, cada uno de sus

pensamientos, limpiándolos a diario del polvo que cada minuto deposita en ellos y presentándolos siempre frescos, siempre remozados, siempre aromatizados con el aroma de vida que exhalan los cuerpos en flor; porque la letra de las doctrinas llega a ser prisión en donde mueren, por falta de aire, las voluntades que se dejaron dominar por la creencia.

Han Ryner ha muerto.

Pero no le lloremos, que al amigo amado no le gustaba el llanto que riega las penas haciéndolas crecer. En alegría, trabajemos. Pregonando sus virtudes, viviéndolas y trocándolas por otras nuevas que estén en consonancia con el eterno y libre vivir.

Que eso quiso el amigo amado que se llamó Han Ryner.



La sabiduría

El término sabiduría encierra una significación que yo tengo en alta estima. Designa la prudencia persuasiva de los antiguos, en oposición al tiránico y absurdo dogmatismo de los teólogos modernos, aun de aquellos mismos que se creen filósofos e independientes. Para mi libro "La sabiduría siente", había redactado, para serle colocada como banda: "*¡Abajo las morales! ¡Viva la sabiduría!*" Sí; desprecio a todo el que pretenda imponer una moral, falsa ciencia de la vida; pero amo a los que han conocido y practicado la sabiduría, arte sonriente e individualista de la conducta.

En ninguna parte podremos hallar una ciencia de lo deseable. Toda disciplina de lo que se desea no puede ser más que un arte, guardando la encantadora gracia de la diversidad, según el deseo y la exteriorización lo sienta o realice uno u otro artista. Desinteresada hasta el punto de ignorar todo esfuerzo teológico, la ciencia busca la verdad, no la belleza; lo que es real, no lo que yo deseo.

Ante las morales que pretenden ser científicas y universales, que osan afirmar y se atreven a ordenar, riamos y burlémonos como moralistas. Pero podemos admirar, considerándolas fraternalmente, las sabidurías que aconsejan la hermandad y persiguen la armonía.

Amar y admirar a un artista no es injuriarle; pero, aun amándole, es imposible que nos infiramos el agravio de imitarle. Los

únicos consejos que nos dan nuestro amor y nuestra admiración son los que buscamos y realizamos nosotros mismos.

Y como amamos a los poetas, por muy diferentes que sean entre sí, como no queremos sacrificar ni Lafontaine o Verlaine a Víctor Hugo, ni Víctor Hugo a Racine o a Vigny, admiramos en sus conmovedoras divergencias a Diógenes y Cleanto, a Jesús y Epicuro. Les amamos por ser, precisamente, tan diferentes como Shakespeare, Molière, Marivaux y Calderón.

Y no vemos aquí, como sucede en la ciencia, un progreso que nos obliga a escuchar al que acaba de llegar prefiriéndole a los antiguos. Arquímedes sabía menos verdades físicas que M. Branly y aun que el más vulgar de nuestros licenciados en ciencias. Tolstoi no es más avanzado que Francisco de Asís; el individualismo de Ibsen no es más completo que el de Diógenes; la verdad de Elíseo Reclús o de Sebastián Faure se expresa en un lenguaje más vecino del nuestro; pero no es, por sí misma, más instructiva y liberadora que la cantada por Cleanto o predicada por Dion Pico de Oro.

La moral se desea absoluta, lo mismo que la religión o el pretendido inmoralismo del superhombre. Sus imperativos, para hablar en alemán, deben ser *categoricos*, cuando no es posible que haya—para conservar el vocabulario kautiano—más que imperativos *hipotéticos*. La hipótesis queda sin expresar cuando se supone que la quiera realizar. Porque supone el médico que quiero curarme y tengo confianza en él, transforma tiránicamente sus consejos en “ordenanzas”.

Imperativo categorico y deber son palabras grotescas. ¿A quién debo? ¿Dónde está el acreedor del cual soy deudor? Sólo a mí mismo, para mi dicha, para mi belleza, para mi armonía, puedo hacer concesiones o sacrificios.

Pero los sueños de dicha y de armonía que yo alimento no hacen más que aconsejarme, que persuadirme, y ninguna otra cosa que no sea mi propia felicidad—si es que no estoy loco—me importa y tiene autoridad alguna sobre mí.

Además, ¿qué otra cosa podría yo desear? La felicidad de otro. A esta felicidad puedo atribuirle un valor igual al que he atribuído a la mía. La simpatía no va más allá, y no puede haber ninguna razonable razón para que yo me prefiera. Pero sé que mi poder tiene más real y fiel expresión en todo cuanto se refiere a mí que

en lo relacionado con otro y que corro menos riesgo de ser engañado cuando se trata de la apreciación de mis propias acciones que cuando estudio los actos de los demás. Los consejos que le conciernen son más hipotéticos que los que me conciernen, ya que aquéllos se apoyan sobre un mundo de suposiciones.

¿Existe alguna finalidad que nos interese más que la felicidad de un hombre? Sí: la hay; pero mi potencia y mi inteligencia se oscurecen ante ella, porque no puedo "asir" (concebir) cuál sea esa finalidad y no perdono, porque, sabiendo lo que quiero y hasta lo que querría, me es imposible saber lo que he de hacer. Además, por muy universal que se suponga una finalidad, si, como un generoso canal de irrigación, no se divide en numerosos brazos que rieguen los bienes individuales, quedará siendo siempre una quimera, una mueca.

La moral, la religión, el nietzscheísmo, todo lo que es mentira está condenado, por su misma esencia, a ejercer el mando. Las mentiras teológicas, patrióticas o la voluntad de poder, exigen siempre—y el consejo no sirve en este caso—sacrificios humanos. A veces, las hogueras de Moloch o de la Inquisición arden en lo íntimo de las conciencias, llegando a dar la orden de quemar a un hombre: a mí mismo. Para purificarme, al parecer, o para aprender a elevarme. Pero, no; jamás es a mí mismo, a un yo real y concreto, a quien ofrezco el extraño sacrificio. Es siempre a algún dios desconocido, cualquiera que sea su nombre: *Tú-Debes* y Dios personal o *Yo-Quiero* y Superhombre es siempre un fantasma, y quien lo alimenta es un ciego o un demente. Es, pues, a uno de los subhombres que en mí existen a quien yo debo matar.

La sabiduría quiere al hombre completo y armonioso. La armonía no se obtiene ni por amputaciones, ni por órdenes, ni por brutalidades. La sabiduría sonríe y aconseja.

HAN RYNER

Teoría del español furtivo y del español oficioso

Hay dos españoles típicos antagónicos. Antagónicos por encima de sectas, partidos, escuelas, estilos, costumbres y temperamentos. Antagónicos irreductibles. Antagónicos por esencia, presencia, ausencia y potencia: el español furtivo y el español oficioso; el español suelto y el español atado a una determinada ortodoxia.

Cualquier asociación que trate de representar a estos dos españoles—enemigos acérrimos entre sí—manteniéndolos en paz o en régimen de no agresión, será una asociación muerta.

El español furtivo es el valiente cazador sin licencia; el labrador que se supone un dios porque tiene unas hectáreas de labranza y cree bastarse a sí mismo por encima de cualquier contingencia, mirando de soslayo todo intento de mejora individual y colectiva; el pastor reconcentrado en sí mismo que sabe calcular más que un economista y está convencido de que la ganadería española de nada serviría si todos los españoles, y no sólo unos pocos, comieran carne; el filósofo rural, que no estando muy a bien con el trabajo, trata de armonizar la más basta hidalguía con el caciquismo sin ley; el estudiante pelotillero y el estudioso, los más fieles amigos que pueden hallarse, ya que dos estudiosos o dos pelotilleros recelan uno de otro; el jornalero de vocación perpetua, que se halla desorientado y triste cuando ha de prescindir del jornal para ser gerente o cogerente de sus propios destinos; el ciudadano pleitista y su abogado, que se aborrecen y no saben vivir separados, pero tampoco juntos; el profesor, menos inteligente que sus discípulos, que hace trampas aprobando a todos los estu-

diantes, puesto que a él le aprobaron sin merecimientos, y quiere ensanchar la base de sustentación de su indigencia pedagógica, siendo tolerante para la impunidad que él mismo representa por derecho propio; el que lee los decretos, riéndose de ellos y de quien los firma, con lo que sabe más de los decretos que el autor; el que vive sin cédula y sin otros documentos de identificación, y a pesar de ello todos saben quién es, sin que se sepa quién es el cargado de papeles; el laborioso que cree en su labor y no en nada más; el desconfiado, a quien nadie dió jamás motivo de desconfianza y el confiado sin ton ni son; el hombre modesto, furtivo por modestia, y el orgulloso, furtivo por orgullo; la mujer no soñadora ni romántica, tramposa en la economía doméstica, amiga de la rutina, como el hombre, pero convencida con razón de que el hombre es absolutamente idiota para entender un problema concreto como el cuidado de los hijos menores, el condimento de un arroz o el cálculo de la vida de un polluelo; la mecanógrafa que lo sabe todo y escribe amor con h; el insobornable por la ley y por el dinero, lo mismo que el que se vende por cualquier precio, incluso por ninguno, creyendo obtener mayor beneficio de un agradecido que de un comprador.

Estos españoles del a rama furtiva están en todas partes. Los halláis en el tranvía intentando sobrepasar el límite de su trayecto; los encontráis en el tren viajando sin billete, en la universidad aprobando sin ciencia, en el partido conspirando contra la junta, en la junta conspirando contra el partido, en la iglesia blasfemando, en el anticlericalismo exigiendo mujer católica y muriendo con todos los sacramentos, en la oficina murmurando del jefe, en el campo murmurando de la ciudad y en la ciudad murmurando del campo, aunque desconociendo el campo y la ciudad; los encontráis en esos odios de pueblo, que sólo puede sondearlos la navaja y que tienen una calidad tan rencorosa permanente y ladina, que Maquiavelo y Nerón en una pieza, parecerían una pareja arrulladora de palomar.

Es la España que no cree más que en lo que desprecia, y por eso lo desprecia todo al creer en todo. Es la España vecinal cargada de indiferencia y crueldad, aunque sensata, humana y justa a veces, con cachaza callada y una brusquedad rápida otras.

La España oficiosa trata de someter a la otra. La España oficiosa es un conjunto de sectas que imponen sistemas de gobierno. Los imponen con una especie de tónica delirante cargada de microbios. Y cuando no imponen sistemas de gobierno, imponen acuerdos volubles, normas de rito secreto y régimen de veleta.

La España oficiosa es la del muñidor electoral y la del flamenco. Yo he oído en un mesón de Solsona que el público catalán coreaba un fan-

idanguillo que tocaba la radio. No he oído cosa semejante en Andalucía ni en Madrid, ni en Levante. Cuando el catalán se siente flamenco lo es de manera delirante, oficioso y al rojo vivo, pretendiendo incluso apabullar a los flamencos de otra clase. La España oficiosa es la del que, habiendo sido alcalde, se muere por volver a serlo para vivir al margen de la ley y meter en cintura a sus queridos compañeros. La España oficiosa es la que cree que un decreto debe cumplirlo alguien. La España oficiosa es la que propaga la salvación eterna guiñando el ojo, la que se siente qui-jotesca en el mitin y sanchopancesca en la merienda. La España oficiosa es la delación, la alcahuetería, la indiferencia vestida de rabia, la insolencia en grupo y la medrosidad individual, la vanidad por vivir escribiendo incluso cuando escribir equivale a ayunar, la amenaza del rico improvisado y del que explota la pobreza como un motivo para no trabajar. La España oficiosa es vivir esperando, "como vivos", lo que no quiere un verdadero "vivo": ser subalterno de un subalterno.

La España castiza no es la furtiva ni la oficiosa. Lo castizo zarzuelero está en los dos bandos, y no hay ley que lo separe de cada uno de ellos. En términos generales, puede decirse que el español oficioso hace la ley y no la cumple, mientras que el furtivo ni la hace ni la cumple. En este último cabe fundar una esperanza si su carácter furtivo no se convierte por la terrible ley ibérica del contraste en rabiosamente oficioso, por ese arrepentimiento tan dañino en un pueblo cuyas reacciones pasan, desde el cilicio que se pone al garrotazo que se da; desde el sermón al trabucazo y desde el grito imperante de una secta oficiosa al grito imperante de una secta furtiva, permaneciendo ambas sectas en constante rencor; pero no siendo, en realidad, más que calcos una de otra, con sus odios en conserva, sus dimes y diretes de gracia lúgubre y su semejanza, razón primera de enemistad.

FELIPE ALAIZ

El individuo en la sociedad

No puede decirse que el hombre tuviera una personalidad claramente definida y fuertemente acusada mientras fué un animal solitario, juguete y hechura de sus impulsiones instintivas. Sin duda alguna, el Pithecanthropus, el Eoantropus y el Sinoantropus, representaciones o encarnaciones del hombre en su albor primero, ocupan un tramo superior en la escala zoológica; pero no pueden compararse, ni remotamente, con el hombre de Neanderthal. Aquéllos eran nómadas solitarios, moradores de los bosques y las selvas, en tanto que éste es ya un ser gregario que vive en tribus errantes de cazadores, conoce las ventajas del apoyo mutuo, utiliza el fuego, construye armas groseras y se sirve de las grutas naturales que habilita para su vivienda. Su personalidad es algo más que un boceto. Sus trazos se acusan cada día más centeros. La vida en sociedad, ya fuera su organización rudimentaria y poco sólida, le estimula a progresar. Su género de vida ha cambiado notablemente. Al agruparse alrededor del núcleo familiar ha multiplicado su fuerza y sus posibilidades, como se multiplica la fuerza del hacha de mano cuando se la provee de un mango. Además, al convertirse de vegetariano en carnívoro, no sólo se centuplican sus medios de existencia en lo que se refiere a la seguridad de hallar el alimento necesario, sino que inicia la etapa industrial, y no ha de tardar en conocer los beneficios de la domesticación de los animales que le son más útiles y provechosos.

La sociedad es el germen de todo progreso. Limita en cierto modo al individuo, pero le multiplica y hace más extenso su radio de acción.

No fué pequeña conquista la formación con carácter estable de la primera agrupación humana. Para nosotros, hombres civilizados, que no podemos interpretar el verdadero sentido de la civilización sino como una resultante de la vida en sociedad, nos resulta difícil concebir la existencia fuera del núcleo social. El progreso humano deriva de la cooperación, de la coordinación de esfuerzos orientados en un mismo sentido, de la acumulación de experiencias de generación en generación transmitidas y continuamente perfeccionadas, y esto no se explica sino por el impulso solidario que crea y conserva las sociedades humanas.

Sin embargo, no fué tan fácil el nacimiento y desarrollo de ese impulso o sentimiento. Su elaboración fué de una asombrosa lentitud, y antes de polarizar en hecho transcurrieron millares de siglos. Baste decir que, atribuyendo diez millones de años de existencia al género humano, apenas si hace una treintena de milenios que el hombre creó la primera agrupación. La civilización, como vida social estable fundamentada en la agricultura y la metalurgia, no se remonta más allá de los diez mil años. Esto dará una idea de lo lentamente que se produjo el proceso evolutivo que hizo del hombre un ser sociable y solidario.

Evidentemente, la evolución ascendente del hombre fué incesante; pero cuando se entrega al cultivo de la tierra, dando estabilidad y extensión a la sociedad, el progreso se acentúa, acelera su ritmo. Debe edificar su vivienda del modo sólido que corresponde a su existencia sedentaria, estudiar la rotación de las estaciones, las condiciones del suelo y la calidad de las semillas. Al mismo tiempo, ha de fabricarse herramientas y utensilios para uso doméstico, ingeniarse para hallar el procedimiento adecuado para la conservación de los frutos, observar los fenómenos meteorológicos, mejorar los cultivos y procurar el aprovechamiento de las dispersas fuerzas naturales. Es algo más que la iniciación de una ruta. Es el avance rápido por una vía que no ha de abandonar jamás, y en la cual se bañará unas veces en luz y otras en lodo. Pero todo esto requiere el establecimiento y observancia de ciertas normas de aplicación general. Normas que no sólo se refieren a las reglas de conducta que han de evitar los motivos de rozamientos entre los componentes sociales, sino también a la división racional del trabajo con tendencia a obtener el mayor rendimiento de todas las aptitudes.

De este modo, el individuo halla en la sociedad defensa, apoyo y estímulo. Puede cultivar sus especiales aptitudes, y sumando su esfuerzo al esfuerzo de los demás aumentar de continuo sus posibilidades, rodearse de comodidades, mantener a distancia al espectro del hambre, abrir cau-

ces nuevos al pensamiento, enriquecer con nuevos matices el complejo de su personalidad. Ciertamente que ha de sujetarse a una disciplina frecuentemente enojosa y pesada; pero ello es indispensable si se desea que entre los integrantes del organismo colectivo reinen la cordialidad y armonía posibles o que, al menos, no se rompa bruscamente el lazo común que les mantiene unidos y les hace fuertes ante la adversidad y les facilita el dominio, cada día más inteligente, de los elementos y las cosas.

Limita la sociedad al individuo, pero también le supera multiplicando sus fuerzas y su capacidad de resistencia y facilitando su desarrollo mental, el desenvolvimiento de su psiquismo, la conversión del instinto en inteligencia. No es concebible el progreso humano fuera del impulso solidario que actúa de principal aglutinante social. La lucha del individuo contra las normas y obligaciones sociales no debe interpretarse en buena lógica sino como una manifestación enérgica del impulso progresivo que fermenta en el seno de la sociedad misma. El individuo progresa más aprisa que el ente colectivo. Cuando un sistema se ha consagrado, y dentro de su marco se mueve holgadamente la muchedumbre, los tipos de vanguardia se sienten estrechos y pugnan por rebasar los límites conocidos, por conquistar zonas más amplias. Por eso protesta y hace bien, pues sin esa protesta, que es signo de inquietudes de la mejor estirpe y actúa como un acicate sobre la colectividad, el progreso se estacionaría.

A pesar de las limitaciones que nos impone, sería erróneo suponer que la sociedad destruye la personalidad del individuo. Nada puede destruir la personalidad de quien verdaderamente la tiene. Ni destruirla ni siquiera borrar sus lineamientos generales. Lo que hace la sociedad es procurar el encuadramiento y aprovechamiento de esa personalidad utilizándola para sus fines.

Una letra del abecedario, en tanto que signo gráfico con sonido propio, tiene un valor perfectamente individualizado, tanto en sus trazos como en su fonética. No obstante, si ha de expresar algo, debe unirse a otras letras para formar sílabas, como las sílabas han de unirse entre sí para formar palabras y las palabras enlazarse con otras palabras para componer períodos, que al par que expresan juicios encierran la musicalidad de la frase bien construida. Así se escriben tratados, relatos y poemas, lo que no lograría por sí sólo el signo gráfico aislado en la albura del papel. Pero obsérvese que en esa ordenación indispensable a la escritura, cada letra conserva sus valores y se apoya en los valores de las otras sin perder esencialmente nada de lo que podríamos llamar su individualidad. Es lo mismo que se observa en las infinitas combinaciones de la substancia uni-

versal. La base la constituye la vibración eléctrica que por asociación forma el átomo. Trátese de un grano de arena o de un sistema planetario, de una gota de agua o de la inmensa masa líquida del mar, de la manchita gris, amarillenta o rojiza del líquen o de la añosa y corpulenta encina, del grumo de gelatina orgánico o del animal pluricelular más complejo, siempre la vibración eléctrica, imperceptible a nuestros sentidos, es el fundamento del sistema. Por agrupamiento crea el átomo y éste da origen a cuanto tiene vida y forma en los tres reinos de la Naturaleza, sin que por ello pierda sus características propias ni su autonomía. Es decir, que el diminuto centro de energía continuará moviéndose en su órbita con la misma desenvoltura que si permaneciera aislado, aun formando parte de un gran todo.

El hombre, en su relación con la sociedad, viene a ser algo parecido.

No es absorbido hasta el extremo de perder su individualidad. Célula viva de un organismo complejo, llena una función o una serie de funciones que forzosamente debe llenar. El desacuerdo se establece y provoca conflictos de mayor o menor envergadura en cuanto la mala distribución de las obligaciones, el imperfecto acoplamiento de las funciones, la falta de correlación entre los deberes y los derechos, produce desequilibrios, que es lo que acontece en el sistema capitalista.

Las imperfecciones y hasta los absurdos de las instituciones sociales no dicen nada contra la bondad del principio solidario en que la sociedad se fundamenta. Por eso ninguna persona sensata se declara abiertamente contra ese principio que es la fuente de origen de todo progreso positivo. Lo que se trata es de modificar las cláusulas del contrato social a fin de que todos, sea cual fuere nuestro criterio y nuestro natural modo de ser, nos movamos con desembarazo y vivamos a gusto en el seno de la sociedad como viviéramos en el seno de una familia bien avenida que supiera ajustar su conducta a las sabias normas de una tolerancia completa.

El individuo encuentra en la sociedad cuanto le es necesario para remontarse cada vez a mayor altura. Le impone restricciones inevitables. A medida que la sociedad evoluciona, esas restricciones son menores, y el individuo se siente más independiente, más dueño de sí mismo.

En la actualidad, la sociedad, si bien ha alcanzado en su organización el máximo desarrollo, genera en el individuo el descontento. Descontento que tiene su causa originaria en la injusticia que implica el hecho de que todo el conjunto social se mueva en el sentido de beneficiar exclusivamente a una minoría. La renta del trabajo humano acumulada a través de milenios de incesante laborar, se halla en manos de una casta, de un grupo de

holgazanes que disfrutan de todo lo creado por los laboriosos, sin hacer nada por merecerlo. Natural es que fermente el descontento y se traduzca en violentos choques, en bárbaras colisiones que lo trastornan todo y que obedecen, esencialmente, a estímulos progresivos y amplían e iluminan con resplandores nuevos las vías naturales del Progreso, dando a la civilización nuevas directrices y enriqueciendo su contenido.

Pero esas mismas explosiones del descontento colectivo que, superficialmente analizadas pueden interpretarse como fenómenos antisociales, no son sino afirmaciones de la voluntad de vivir de la sociedad. El mismo espíritu de previsión que induce al hombre a establecer con sus semejantes el primer pacto solidario y concluye por esclavizarle a la dura ley del trabajo, late en el fondo de todo movimiento de protesta. No se creó la sociedad con el propósito de favorecer a un sector reducido en perjuicio de la totalidad. Se creó para beneficiar a todos. En cuanto se apartó de tal propósito, los damnificados se situaron en un plano de rebeldía justa. Todos para uno y uno para todos es el principio básico del contrato social. Desde el momento en que deja de respetarse ese principio la guerra es inevitable. Luego, no es que el individuo luche contra la sociedad que es la fuente de su fuerza y la garantía de su progreso. Lucha contra el bastardeamiento de sus principios esenciales.

El individuo en la sociedad es como la célula en el organismo. Llena una función que beneficia a las demás células y se beneficia de las funciones que las otras realizan. Para que todo se desarrolle en debida forma es necesario que cada cual cumpla su misión en el momento oportuno. Cuando no sucede así se produce la catástrofe que en el ser toma el carácter de enfermedad y en la sociedad el de las guerras y las revoluciones. Mas las unas y las otras no persiguen otra finalidad que la de restablecer el equilibrio alterado por defectos de organización o por intemperancia de la conducta.

No cabe duda que la sociedad actual no se ajusta ni de mucho a los fines para que fué creada. Impera en ella la brutalidad y la injusticia. Cuando el prodigioso dominio de los elementos naturales hace posible que podamos satisfacer todas nuestras necesidades casi sin esfuerzo, el parasitismo absorbe lo mejor de nuestras energías vitales y se apodera de cuanto es producto del trabajo inteligente de los más. Esto explica la tensión nerviosa imperante, la aspereza que singulariza las relaciones entre los hombres, la crisis de la cordialidad que padecemos y la virulencia de la lucha del individuo contra la sociedad. Para luchar con mayores ventajas contra la hostilidad del medio y vencer definitivamente al hambre, el ser

humano se agrupa y va creando, con ejemplar perseverancia, todo lo que forma el prodigio de la civilización. Lo soporta todo. Inclemencias del clima. Terrores pueriles. Cataclismos naturales. Camina por una senda de espinas, cayéndose y levantándose y dejando a jirones su carne martirizada en la fatigosa ruta. Lucha contra la resistencia que le ofrecen los elementos y las cosas, la dureza tenaz de la materia que no se deja moldear. No se concede un minuto de reposo. Una conquista apenas si es preparación del terreno para otras de mayor volumen. Cada altura escalada dilata la zona visual y hace ver horizontes más amplios y cumbres más elevadas que escalar. No importa. Adelante. Allá lejos debe hallarse la anhelada tierra de promisión. Y sin mirar atrás ni detenerse a cobrar alientos, continúa ese viaje sin fin que no tiene estaciones de parada. ¿Cómo puede resignarse ahora a dejar en manos de unos pocos lo que a tanta costa supo conquistar y conquistó con el esfuerzo mancomunado de todos y para que todos pudieran continuar la heroica lucha con menos dolor y mayores posibilidades de éxito?

El individuo, en la sociedad, es un número, un centro de energía con personalidad y valor netamente destacado. En el seno de ella ha multiplicado sus fuerzas enriqueciendo los matices de su individualidad. No es concebible que en sus planes entre la idea de aniquilar ese potente núcleo por el cual empuña y mantiene en sus manos el cetro del mundo. Lucha para que su personalidad no quede diluída en el conjunto y para que la sociedad sea lo que debe ser y será: un organismo limpio que no se deje corroer por la vergüenza del parasitismo.

La sociedad la creó el individuo para servir a sus propios fines, y nunca podrá ser anulado por ella.

H. NOJA RUIZ

EL ANARQUISMO

La sociedad sin gobierno

LA LEY Y LA COSTUMBRE

En mi obra *Prisiones, Policía y Castigo*, he atacado, apoyándome en documentos, la institución-trinidad Ley, Policía y Castigo sobre cuya base se asienta nuestra sociedad, demostrando que de esta institución nacen un sin fin de males—corrupción, “chantaje”, perjurio, delaciones y mentira, acusaciones falsas, sufrimientos y crueldades inútiles—; que esta institución sanciona y organiza públicamente la violencia; que sostiene y mantiene directa y voluntariamente iniquidades tan evidentes y extendidas como el latifundio, por ejemplo (1); que en la mayor parte de los casos, su teoría y su práctica son absurdas y contradictorias; que paraliza al pueblo que se le somete poniendo su confianza en ella (co-

mo lo ha dicho frecuentemente H. Spencer); que es tan vieja y está tan fuera de actualidad que parece como si ya no pudiese, aun reformada y creyéndola deseable, adaptarse a un fin humanitariamente útil.

No pretendo que estos ataques resuelvan el problema que la existencia de esta institución lleva en sí, ni que no sea posible oponer reparos a todo cuanto digo; pero si así fuera, habría necesidad de probar que los beneficios que reporta deberían ser tan grandes como para compensar, por lo menos, las desventajas y los males que engendra. A decir verdad, todos admiten que la Ley es un mal; pero el principal argumento que esgrime la defensa es el de ser un mal necesario sin el cual no se puede pasar, porque sin él viviríamos en el reino del desorden, de la violencia, del caos social.

Casualmente, la historia de las naciones y de los pueblos prueba lo contrario. Las primeras formas tribales han evolucionado, por fuerza, practicando la amistad social sin un

(1) La monarquía creó la Guardia civil en España para defender las grandes propiedades de la nobleza.—Nota del traductor.

pesado y rígido sistema de leyes. En ciertas poblaciones campesinas de nuestros días, en Irlanda, en Suiza, en Suecia, por ejemplo, que viven todavía en condiciones que semejan, de lejos, el estado primitivo, la ley, su funcionamiento, sus instituciones no juegan más que un papel secundario en su vida. (1). Verdad que la costumbre es de grandísima importancia entre los primitivos, estando fuera de toda duda que constituye la espina dorsal y el marco de su sociedad; pero la costumbre es cosa muy diferente a la Ley. Por duras, rígidas, absurdas que puedan parecer las costumbres de algunas tribus salvajes, pueden modificarse mucho más fácilmente que cuando esas costumbres llegan a osificarse bajo la forma de una Ley escrita apoyada por la antigüedad y sostenida por la autoridad de la fuerza armada.

Que a las sociedades humanas no les sea posible existir sin cierta suma de costumbres, es casi seguro; pero que puedan subsistir y mantenerse ordenadas sin la Ley escrita, sin las instituciones que de ellas nacen, no puede dudarse. Cuando la costumbre, practicada por un pueblo razonable y moderadamente avanzado (que haya abandonado su grosería primitiva) se manifiesta en forma suave, y aun ejerciendo todavía una presión sobre los individuos, se muestra bastante adaptable a las evoluciones del medio, en la presión ejercida por la costumbre apercibimos

una fuerza tan superior a la Ley como la vida lo es al automatismo. En nuestra vida social de hoy, todavía en la costumbre hallamos solución a muchos problemas.

Habituada la mayor parte de los hombres a recurrir a la policía para dar solución a sus querellas, casi no puede concebirse la vida de relación sin la intervención de aquella institución. Es más: sosteniéndose la vida social actual en la policía, si desapareciese sin cambiar la mentalidad de los hombres, se produciría una catástrofe. O dicho de otro modo: sin la policía, el despojo de que se hace víctimas a los pobres no sería posible, las enormes diferencias que separan a la riqueza de la pobreza no se hubieran podido producir, y sin las formas policiales, en fin, la sociedad sostenida por desigualdades artificiales no podría subsistir. (1). Pretender que porque determinada institución sea necesaria para construir y mantener una sociedad en una forma anormal y contra natura, la sociedad no podría existir sin esa institución, equivale a sostener que porque para los pies de las damas chinas sean indispensables las vendas de compresión, las mujeres en general no pueden pasarse sin esas vendas. Es necesario comprender que nuestras formas sociales actuales son tan feas e inhumanas como un pie estropeado, y cuando hayamos comprendido esto, nos daremos cabal cuenta de la poca utilidad de

(1) Lo mismo sucede en España. En grandes extensiones de la provincia de Murcia, se desconocen los engranajes judicial y policial, y ocurren menos delitos que en otras regiones que estuvieron llenas de Guardia civil.—N. del T.

(1) Sin embargo, como la mayor parte de las sociedades primitivas lo enseñan, las pequeñas desigualdades corrientes y las que resultan de las diferencias naturales de capacidad y habilidad individuales, serán aceptadas siempre.

instituciones como la ley y la policía, cuya función consiste en mantener y defender estas formas.

La principal dificultad que se le presenta a la conciencia humana cuando se trata de una sociedad libre y sin gobierno, no es en lo que se refiere a su *deseabilidad*—todo el mundo reconoce que es deseable en sí—, sino en lo que tiene relación con su *practicabilidad*.

Esta dificultad halla su fundamento en el concepto que se tiene de la sociedad actual. Se ve que una lucha intestina para la obtención del pan cotidiano es la fuerza que domina hoy, el principal estimulante a la producción, y se saca como conclusión que, sin gobierno, la sociedad caería en un caos en donde únicamente vivirían bribones y gandules. Este concepto erróneo es el que hay que desarraigar.

LA DICTADURA DEL MIEDO

Aunque sea penoso escribirlo, el Miedo es el que hace mover la vida exterior de la sociedad contemporánea. Empieza en el miserable asalariado que se levanta con la aurora, sale de casa corriendo en cuanto oye sonar la sirena y trabaja nueve, diez horas seguidas, a veces más, por un jornal que le asegura la justa pitanza, prostituyéndose en una labor monótona que no le proporciona ni interés ni placer. Cuando, llegada la noche, vuelve a su casa, encuentra a sus hijos acostados; fatigado y deshecho, come y se tira en su jergón esperando volver a empezar al día siguiente. Si lleva una vida tan monótona, tan inhumana, tan desprovista de toda dignidad es porque se siente acorralado por el miedo de morir de hambre. Continúa este

Miedo en el fuerte comerciante que no ignora haber adquirido sus riquezas gracias a la especulación, astucias y engaños, y que teme que desaparezcan por los mismos medios que a él le han llegado; se da cuenta que cuanto más rico es, más medios se le presentan de arruinarse, por lo que su vida está llena de penas y sobresaltos; para mantener su posición segura le es forzoso intervenir constantemente en toda clase de combinaciones sucias y sospechosas. Sobre la gran masa del pueblo, es el mismo demonio el que extiende sus alas siniestras. Llena el ambiente una afiebrada ansiedad que tortura sus vidas. No hay lugar para la alegría natural, para la vivacidad de espíritu. El que recorra las calles de las grandes ciudades de Inglaterra no oirá cantar a nadie, como no sea al que le implora una limosna. No hay ningún gañán que se atreva a silbar hoy mientras va, tras las mulas, trazando el surco. ¿En dónde está la fábrica en que no sea molestado el obrero que se atreva a cantar en el curso de su trabajo? Somos como naufragos que, lanzados contra la costa, se agarran a las rocas. Las olas braman, mientras éste se agarra con las manos, otro con los pies y un tercero con los dientes, el pánico es tal que unos a otros se empujan, pudiendo caer al agua los que ya están en seguridad. Este espectáculo es ingrato, pero real.

Considerado detenidamente este estado de cosas, observamos que no es normal. Admitimos que la lucha por la existencia sea inevitable, bajo una forma u otra; pero la Historia nos demuestra que ni aun en las grandes crisis de la humanidad, el proceso evolutivo presenta caracteres de una tal ansiedad; el estudio

de las razas indígenas que podríamos considerar en estado de degeneración, no revela la existencia de una tal dictadura del Miedo.

EL TRABAJO DE LA SOCIEDAD LIBRE

Podría asegurarse que un pueblo que no fuese constreñido por una obligación ni sujetado por la autoridad, se dedicaría a producir, espontáneamente, aquellos objetos de que se hallase necesitado. Esto no quiere decir que el resultado fuese desde el principio armónico y ordenado.

Primeramente, cada uno será guiado, para la elección de su ocupación, por su gusto o su habilidad, o, al menos, estas facultades personales entrarán en juego mucho más que actualmente, hallándose capacitado, por estas causas, para encontrar el trabajo que más le convenga, y pudiéndose afirmar que la vitalidad y la iniciativa del sujeto sufrirían aumento con esta libertad de elección. Por consiguiente, la inmensa *variedad* de gustos y habilidades con las cuales están dotados los seres humanos, darían lugar a una correspondiente variedad de productos espontáneos.

En segundo lugar, el trabajo será útil, pues debemos tener la certeza de que nadie ha de ocupar su tiempo en cavar una zanja para rellenarla otra vez, haciendo que su trabajo sea inútil, como sucede hoy en la mayoría de los casos. Si un ebanista hiciese un armario, para él, o para un vecino, con seguridad que los cajones se podrían cerrar y abrir, ocurriendo lo contrario de lo que hoy ocurre, pues cuando se compra un armario confeccionado según las

normas del comercio, sus cajones ni se abren ni se cierran, porque no se hacen para que presten utilidad, sino para que tengan la apariencia de la utilidad; es decir, para ser vendidos. Para la venta y, por consiguiente, para que dejen un beneficio al comerciante. Ahora bien; pareciendo útiles y no siéndolo, responden a una finalidad, cual es la de que el comprador busque la intervención de otro fabricante u otro comerciante que, por hacer que armario y cajones presten un servicio útil, obtendrán un nuevo beneficio. Así, el despilfarro de que se nace víctima a la comunidad por hechos de este género es enorme, no aprovechándose de este derroche más que el explotador.

En una sociedad libre se trabajará en lo que sea útil. Es curioso constatar que no puede haber razón más fundamental para trabajar que la utilidad del trabajo. Naturalmente, la utilidad encierra la belleza, ya que no puede establecerse una diferencia entre lo que satisface una necesidad intelectual del hombre, el sentimiento de lo bello, y lo que llena otra necesidad, como la nutrición. Sostengo, pues, que la idea de trabajo implica que se trabaja porque el producto del trabajo llena cualquier necesidad humana. En el comercio, por el contrario, el trabajo tiene por objeto la venta y, por consiguiente, el beneficio. Lo que menos importa es la cualidad del producto; con que sea vendible basta. En la sociedad que preconizamos, el giro de los acontecimientos diferirá fundamentalmente de éste al cual estamos habituados, siendo difícil, por lo tanto, establecer ninguna previsión. Sin embargo, no es difícil darse cuenta que si no se produjese para aumentar los productos, que si no se trabajase por lo

menos tantas horas como actualmente (y mecánicamente) los productos destinados al consumo, respondiendo a su utilización real, no lo serían para continuar el juego del sistema comercial actualmente en vigor.

En tercer lugar, el trabajo realizado en estas condiciones — como William Morris lo ha afirmado siempre — constituiría un placer, uno de los más grandes placeres de la vida. Este hecho transformaría por completo el carácter del trabajo. ¿Cuántos experimentan placer en su trabajo diario? Si nos pudiéramos a buscarlos por las ciudades, ¿no podríamos contarlos con los dedos? ¿Vale la pena vivir, si el elemento principal de la vida — lo que seguirá siendo su elemento principal — se transforma en pena? No; el verdadero sentido de la vida exige que el trabajo cotidiano sea, él, por sí, una alegría, pues solamente entonces valdrá la pena vivir. Si el trabajo es una alegría, el producto del trabajo tendrá ese peculiar sello que se le imprime a las obras que fueron ejecutadas para ser gozadas, porque tendrá que desaparecer la distinción entre lo bello y lo útil, ya que cada producto será una verdadera obra de arte. Y el arte embellecerá la vida.

La sociedad actual descansa sobre un sistema legal que hace — gracias al apoyo de la ley y del gobierno — una institución de la propiedad privada. El hombre de presa, el latifundista, devora al pequeño propietario, y el resultado de este estado de cosas es una lucha amarga y continua por la "posesión", en donde el Miedo es el principal factor de actividad. Por eso, nosotros quisiéramos hacer comprender que nuestra concepción de la sociedad, según la

cual, no siendo sostenida la propiedad por ninguna fuerza armada, sólo existiría a título de arreglo espontáneo, cambiando los factores dominantes de la actividad, ya que en ésta actual son el Miedo y la Ganancia y en la nuestra serían la Comunidad de vida y el Interés de vivir.

En resumen: se trabajará porque se ame el trabajo; porque se sienta satisfacción al realizar el trabajo con todo cuidado; porque se sepa que el producto del trabajo es útil, a sí o a otros.

EL PERÍODO TRANSITORIO

Seamos prácticos. Sobre la posibilidad de una sociedad libre y comunal, nadie tiene la menor duda. La cuestión a discutir es el período transitorio. ¿Por qué etapas deberemos o podremos pasar para alcanzar esa tierra de libertad?

Durante los cambios que se sucederán, para conducir, finalmente, a una sociedad "sin gobierno" y "absolutamente voluntaria", es probable que ciertas instituciones basadas sobre la propiedad, aunque desprovistas de ideal, continuarán sobreviviendo durante mucho tiempo. Hagamos constar aquí, que no existe la menor esperanza de poder establecer sobre la tierra el perfecto ideal de la sociedad perfecta. Además, un ideal, aun el que más ventajas reporte, es una cosa molesta. El ideal de Smith o el ideal de Brown puede convenir a uno o a otro indistintamente, pero es seguro que ni el ideal de Smith satisfará por completo a Brown, ni el de Brown causará plena satisfacción a Smith. Vemos, pues, que la sociedad se orienta hacia una forma comunal; pero todo nos demuestra que en ella no se realizará el ideal

exacto de un partido, sino que la vastedad de los acontecimientos e intereses darán lugar a que sea de una amplitud tal que quepan en ella una enorme diversidad de instituciones y hábitos, comprendiendo, también, una importante supervivencia de actuales formas sociales. Puede decirse que en ciertas condiciones, un convenio cordial de salarios, siempre sobre una base perfectamente democrática, será capaz de proporcionar más libertad a los que trabajen, que un *Anarquismo* amorfo en donde cada uno tome "según sus necesidades". En un sistema de salarios, A puede trabajar dos horas si así le conviene, y vivir con un salario de 2; B puede trabajar ocho horas y vivir con un salario de 8. Cada uno goza, entonces, de una perfecta libertad moral. Si el sistema de salarios no existe, a pesar del buen deseo que tenga A de gandulear, sentirá que estafa a la comunidad, y como la comunidad tiene el mismo sentimiento, se verá "forzado" a hacer ocho horas como todo el mundo.

Es seguro que la moneda, sirviendo para pagar salarios y hasta como valor de cambio para la compraventa, ha de subsistir durante largo tiempo; pero, seguro también, que ha de perder su carácter rígido de uso obligatorio a medida que vaya transformando la mentalidad. Su uso se irá amoldando a la costumbre, dispuesta a aceptar cualquier transformación. La propiedad privada perderá su carácter virulento, reduciéndose al simple uso de la cosa en sí. A medida que transcurra el tiempo, las dudas, los contratos, se reducirán a simples formalidades como sucede ahora entre amigos.

A fin de cuentas, no subsistirá más que la costumbre transformándose lentamente. Y una cosa puede asegurarse: que la forma de las Sociedades del porvenir será más vital, más orgánica, más verdaderamente humana, que ha sido y pudiera serlo bajo la dominación rígida de la Ley.

EDWARD CARPENTER

El Estado, lejos de ser órgano y garantía del derecho, como pretenden sus partidarios, es una institución perturbadora que viene desviando a la humanidad de la senda progresiva y no sirve más que para defender y legalizar a los tiranos, usurpadores y explotadores.

ANSELMO LORENZO

INDIVIDUALISMO

ANARQUISMO EGOÍSTA

(Continuación)

Una de las verdades definitivamente aceptadas es la que coloca el egoísmo en la base de la filosofía individualista por ser considerado como el único motor de los actos humanos. ¡El egoísmo! ¡Qué palabra tan despreciada, tan hipócritamente despreciada! ¡Qué sentimiento de exclusión y vilipendio han derramado a su alrededor nuestros profesores de moral y la masa que les sigue! ¡Cómo vigila Tartufo! Sin embargo, el egoísmo dirige nuestras acciones en lo que se refiere a las relaciones con los demás, y aquellos que dicen sentir horror hacia esta palabra, no dejan de tenerlo en mayor o menor grado y obedecerle constantemente, porque aunque parezca que el individuo no obra por egoísmo, está absolutamente entregado a él. Naturalmente, los moralistas nos aseguran que el egoísmo constituye un "vicio", el "vicio del hombre que relaciona todo consigo mismo".

Nosotros sostenemos, en cambio, que el egoísmo es una virtud, no tomada esta palabra en el sentido que la religión le atribuye, sino en el que le da la ciencia: "es una fuerza, una virtud vital que se manifiesta en el hombre desde su nacimiento, afirmándose y fortificándose a medida que la conciencia de sí mismo crece en él. Cuanto más atenuado está en el hombre, menos fuerza combativa presenta éste, menos voluntad de vivir siente en sí y más dispuesto se halla a entregarse en sacrificio a los fuertes que han de subyugarlo. Cuanto más acentuado se encuentre, más potencialidad de vida poseerá, más voluntad de vivir existirá siempre en él".

Este es el egoísmo del que quiere hablar Nietzsche cuando, muy justamente, al rehacer la tabla de los valores morales, coloca en primer plano la

"voluntad de potencia", y es, precisamente, para que el hombre pueda conservar esta fuerza vital, para lo que él condena la "moral de esclavos" legada por el cristianismo. Cuando cae en error, es cuando hace de potencia y dominación dos actos iguales y opone a la moral de los esclavos la "moral de los amos". ¿Por qué no le ha opuesto simplemente una moral de hombres libres? Su concepción de la existencia no hubiese conducido al salvajismo, a la tiranía, a la esclavitud; pero su ideal social, de haberlo realizado, estaría muy por debajo del actual.

Después de haberse dado cuenta de la identidad del egoísmo con la energía vital, del estrecho parentesco que existe entre el egoísmo y la vida, se concibe que los que viven como parásitos, gracias a la existencia de un proletariado completamente ignorante, tengan interés en persuadir a sus esclavos de que en ellos, parásitos, están desarrollados el espíritu de sacrificio, la abnegación, el altruismo, preocupándose grandemente de que ese altruismo artificial nazca entre sus esclavos. Por esta razón, tomando al hombre desde su infancia le inculcan que el egoísmo es un sentimiento innoble del cual es necesario desembarazarse para poder llegar a un pretendido estado de dignidad moral, de pureza de sentimientos, de grandeza de alma, que no es más que un estado de imbecil debilidad. Con el sacerdote teísta es necesario ser una buena oveja de Dios; con el cura social, es necesario ser el Hombre, el Ciudadano. Y esto es completamente igual: en ninguno de los dos casos se te permite que tú seas.

Pero, afortunadamente, a pesar de la tesonera obra de querer reducir al hombre a la servidumbre, obra e intención que son tan viejas como la humanidad, no han podido llegar a resultados satisfactorios, porque les ha

sido imposible a los moralistas vencer la naturaleza del hombre. Repetimos que ningún ser viviente puede dejar de cumplir las leyes que rigen su existencia. "Rechazad lo natural, y volverá hacia vosotros al galope". A cada necesidad urgente que se presenta, el egoísmo exige, para poderla satisfacer, la prioridad sobre cualquier otro sentimiento artificial, creando así esos conflictos interiores que tanto perturban al hombre moderno, saturado de prejuicios, lleno de místicos respetos, marcado con el sello religioso, habiendo perdido el hábito de emplear su voluntad natural, libre, apasionada y cuyo ser sostiene una constante lucha contra la moral dogmática y anti-natural.

El egoísmo afirmado es el altruismo negado.

Busco y rebusco en mi imaginación analizando los actos humanos y sus móviles, y me es imposible encontrar uno sólo que no se halle inspirado por el egoísmo, o, dicho de otro modo, que no persiga la alegría del que obra, y no puedo concebir un individuo que, sin estar enfermo o loco, dé algo a otro, sin haber asegurado, ante todo, la satisfacción de su yo, quedando la dádiva, por lo menos, en los límites en donde se impone la imperiosa necesidad de su propia conservación. Ahora bien, que en ciertas circunstancias, el acto de un individuo satisfaga el egoísmo de aquel a quien él se, dirigió al propio tiempo que el suyo, es, no sólo posible, sino deseable, sucediendo frecuentemente y siendo éste uno de los fundamentos principales de las asociaciones de egoístas que nosotros preconizamos. Pero en ese acto no existe nada de lo que se suele llamar altruismo o desinterés, puesto que el individuo, al realizarlo, sólo tuvo como móvil de su acción la voluntad de satisfacer su propia pasión.

*
* * *

Después de haber constatado que el egoísmo es el único motor de las acciones humanas, la filosofía individualista establece una moral libertaria basada en el egoísmo; pero, reconociendo que esta se alcanza según el grado de evolución en que el individuo se encuentra, recomienda al hombre nutrir su cerebro con verdades científicas, con objeto de tener un conocimiento más amplio y exacto de lo que es el interés real. Al científico lógicamente le parecerá que su interés no radica jamás en el sacrificio altruista, en la religión, sino en la satisfacción egoísta, en la irreligión. Habiendo observado, además, no solamente la desigualdad natural entre los hombres, la existencia de fuertes y débiles, sino también que la fuerza de los primeros no adquiere su valor efectivo más que gracias al apoyo que les prestan los débiles subyugados por el imperativo religioso del deber, aquella filosofía deshace la mentira del "derecho" y niega a la autoridad otro origen que no sea el de la fuerza y, como consecuencia, toda legitimidad. Por consiguiente, repudia la sumisión voluntaria a esta autoridad, ya sea colocándose el hombre en situación de dirigente, bien acepte el papel de dirigido.

No debe olvidarse: el egoísmo humano—que no desaparecerá más que con la especie—es el único obstáculo que se opone a la "buena autoridad" y a la existencia de los "buenos pastores". No puede haber más que una

mala autoridad y los pastores no podrán jamás ser buenos. Mientras que los individuos no hayan nutrido sus cerebros en la filosofía individualista y mientras no puedan oponer su egoísmo, consciente y filosófico, al egoísmo malsano que todo lo invade, habrá amos y esclavos indefectiblemente.

En suma, la moral individualista tiene puesta su mirada en una adaptación de la sociedad a la naturaleza para que el individuo alcance una dicha relativa. ¿Qué será esta moral individualista? ¡Oh, será muy inmoral! No se enseñará y, sin embargo, se practicará. Será, pues, lo contrario de la moral dogmática: una resultante de la enseñanza científica y el ejemplo del medio educativo. Se evitará enseñar la moral, contentándose con que nazca la libre práctica de ella. Por consiguiente, no se le dirá al hombre: "Sé egoísta", sino, "los hombres obran naturalmente por egoísmo". Hay un abismo entre estas dos frases, entre esta orden y esta contestación. De esta manera no se sustituirá un dogma por otro; se instruirá al hombre, y sobre la ciencia que adquiera construirá él mismo su propia moral, su moral de único y de autónomo—moral individualista y libertaria.

Cuando, por ejemplo, se oye gritar: "¡Guerra a la guerra!", estad seguros que el que profirió tal grito piensa muy poco en los demás, y que lo que él grita con toda la fuerza de su corazón es: "¡Viva mi vida!" Si deseamos ir al fondo de la cuestión, se constata fácilmente que lo que empuja al hombre al antimilitarismo, al pacifismo, al antipatriotismo teóricos y a que sus actos estén de acuerdo con sus pensamientos es la inteligente y estimable "cobardía" que hace que el hombre ame la vida, a su vida, sabiendo, como sabe, que no tiene más que una.

—Este hombre es un cobarde—dirá el moralista—. ¿Por qué? ¡El moralista no contesta este por qué! Repite frases que otros repitieron anteriormente a sus oídos. Sin embargo, sabemos que este hombre es un "cobarde", porque rehusa sacrificar su vida para defender los intereses de los amos, para salvaguardar su propiedad. He ahí en donde la utilidad de la moral dogmática se hace sentir... para los amos.

Pues bien; yo quiero a ese "cobarde" que pide paso libre y se esfuerza por estar presente en el banquete de la vida sin que ningún convidado pueda echarlo de él. Es un héroe sencillo y humano. Es un hombre en quien vive, irreductible, el egoísmo que opone al egoísmo pérfido y autoritario de los sacerdotes de la religión que le ordena matar y hacerse matar.

Ved adonde le conduce su moral: a gozar de su autonomía. Es un solitario. Verdad, sin duda alguna. Pero sólo depende de vosotros, moralistas, que no lo sea. Y entonces, representaos la inmensidad del resultado, pensando cuál llegaría a ser su número si se multiplicase en todos los países.

*
* *

Indiscutiblemente, la moral dogmática es la que nace de una filosofía religiosa: es la moral religiosa del derecho y del deber. La moral libertaria del individualismo es la verdadera moral científica: es la moral irreligiosa del placer, del interés y de la potencia. Porque toca al hombre inspirarse, antes de obrar, en estos tres móviles, que se pueden reducir a uno solo: el

interés. Nosotros estamos, pues, constantemente de acuerdo con la naturaleza.

El prejuicio unido a la idea de egoísmo hace que este sentimiento sea la oposición a la bondad. Pero hemos explicado ya lo erróneo de este criterio, así como las causas—intereses sacerdotales—a las cuales debe su nacimiento. Verdad que el interés real del hombre no puede fundarse en el dolor de otra persona; al contrario, nos enseña la observación que a medida que el individuo se deshace de todas las trabas que se oponen a que ejerza libremente su actividad, el libre juego de su egoísmo, tanto más goza al encontrar a los hombres alegres y dichosos. Por consiguiente, únicamente los locos, los enfermos, los degenerados, pueden sentir el deseo de hacer el mal por placer: el marqués de Sade no puede ser considerado como un ejemplo de buena salud.

Pero existen algunas causas que pueden inducir al hombre a hacer el mal, si no posee una delicada sensibilidad: la necesidad económica y el sectarismo religioso o fanatismo.

Hay, por lo tanto, derecho a pensar, si no se tiene el cerebro vacío de un moralista, que, habiendo desaparecido las causas, el hombre no haría mal a nadie, puesto que no habría causa alguna que le obligase a ello. Pero si en el caso improbable en que en un ambiente de libertad en donde las fuerzas se encontrasen equilibradas, algún individuo tratase de hacer daño a otros por simple placer, en cuanto recordase su propio interés pondría freno a su acción, ya que no podría esperar más que la reciproca, tanto más cuanto no existiría ninguna ley que lo amparase y protegiese como sucede hoy. Tanto valdría asegurar que con las leyes, las instituciones autoritarias y los esclavos, sostenes del orden gubernamental, las posibilidades de malas acciones serían abolidas. No es, pues, necesario moralizar dogmáticamente al hombre para evitar el mal. No hay necesidad ninguna de inculcarle una moral dogmática que, tan pronto fuese asimilada por él, se transformaría en odio y en debilidad. La vida asegurada, el bienestar económico conquistado; es decir, la libertad física, por una parte, y la ciencia derramándose en todos los cerebros, o dicho de otro modo, la libertad intelectual y moral, por otra parte—la total fuerza, la total potencia universalizada—, he ahí el suelo fecundo en donde podría brotar la bondad. Ningún hombre debe esperar su dicha de otro. El debe ser su propio artesano. Pero para ello es imprescindible que sea, a la vez, fuerte y libre. Solamente la ciencia puede darle fuerza y libertad. Lo que necesita injertar en él, tomándola de la naturaleza, es la ciencia y no la moral. Esta aparece después por sí misma, tal y como se la debe concebir normalmente—como una resultante—y personal.

Dedúcese de esto que nosotros no rechazamos la bondad. Lejos de ello, queremos que llegue a ser una necesidad egoísta, como el canto de alabanza a la vida que reclama el egoísmo satisfecho y alegre. Pero no podemos asimilar la práctica de la bondad libre y natural, satisfacción egoísta, al cumplimiento del deber, sacrificio del artificial altruismo. Además, ¿sería útil hacer, por medio de la educación, que naciese el amor de la vida en la conciencia del individuo, con el fin de que la vida (con la alegría, generadora de una existencia más amplia y satisfecha, como bien, y el dolor, si bien empequeñecido

y acertado, como mal), sea como el criterio de bondad destinado a guiar las inteligencias, retardadas en el caos de actos humanos, equivalentes todos en la naturaleza? El valor moral y social de un acto se podría entonces medir por la cantidad de vida que crease y mantuviese, o por la que fuese destruida; es decir, por la alegría o el dolor que naciese de él. Y sería, así, por medio de esta medida, interpretada según el sentimiento de cada uno, que el individuo fijaría la naturaleza de las relaciones con otro, considerado como asociado, indiferente o adversario.

No es necesario ser cristiano para aplicar la máxima: "No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti". Basta con ser un egoísta cuerdo y previsor para completar esta fórmula negativa por la positiva siguiente: "Trata a los demás del mismo modo que te traten a ti". He aquí la piedra fundamental de la moral libertaria del individualismo, moral de reciprocidad y de solidaridad realista, moral de justicia egoísta

(Continuará.)

MANUEL DEVALDES



Irreverencias

ASOCIAL

Frente a la sociedad compuesta de comerciantes desaprensivos que me engañan en el peso y la medida, que me alteran los productos hasta darme talco por harina y barro por pan, soy asocial.

Soy asocial frente al burgués que me explota; frente al autoritario que trata de imponérseme; frente al carcelero que me aherroja; frente al verdugo vil que me mata.

Soy asocial, pero no insociable.

Amo la sociedad, la que forjé en mi mente y de la que excluyo todo parasitismo y toda lacra.

Amo la sociedad de los rectos de limpia conducta y tierno corazón ante las ajenas desgracias.

Amo la sociedad de los fuertes que saben enjugar ajenas lágrimas, derramar las propias y jugarse la vida en una empresa noble; pero que no saben fingir ni engañar, que desconocen la traición y la insidia.

Y aborrezco la sociedad de los débiles que cogen a su servicio la fuerza de los demás para sembrar en su torno la barbarie y la ruindad.

Frente al egoísmo bastardo que domina a las gentes arrastrándolas por senderos de halago y servilismo, soy asocial. Pero no insociable. Con la misma pasión que imprimo a mi coraje para abatir cuanto de vil descubren mis sentidos, gusto acariciar mis manos con la sutil cabellera infantil, con la sedosa de la mujer amada, con las hebras de plata del anciano noble y con la mano amiga que estrecha la mía como anticipo de amorosa solidaridad.

Soy asocial frente a todo lo ruin e inhumano que informa y es base de la actual sociedad. Y al igual que desprecio a quienes son sus mantenedores, amo a los seres que la padecen y busco su sociedad para aunar con los suyos mi clamor, mi indignación, mi deseo, mi coraje por lo que nos domina, mi amor por lo que nos une.

Y he aquí cómo siendo asocial me asocio; cómo enfrentándome con la sociedad la fomento entre quienes, los puntos de coincidencia, son una garantía para el libre vivir que anhelo al margen de las bajas pasiones que son norma reguladora de la vida actual.

EL CERCADO

Me atrae el río. Gusto de pasear por sus márgenes, dejando discurrir las ideas en mi mente al conjuro del agua que avanza reidora y ondulante invitando a avanzar.

Por la senda zigzagueante que lo borda, gusto adentrarme en el cañiaval para regalar mis oídos con la armonía de sonidos que le presta el viento.

En ocasiones en que el agua es clara, nítida, como regalo de manantial, parece que aumente su murmullo cual si me llamara. Y la llamada es tan reiterada, tan persistente, que acudo a ella y baño mi cuerpo en feliz entrega de todos los sentidos...

Y soy feliz unos momentos disfrutando de la compañía del río, de la senda, del cañiaval, de la grey alada que cruza piendo, lanzando al espacio su trinar alborozado.

Y discurre el agua, acariciando y salvando el escollo de mi cuerpo como un canto a la libertad.

Y su canto contrasta con un cercado vecino que aprisiona, en alta y sólida pared, unas decenas de árboles frutales. Por sobre él, vencíendole; una higuera tiende sus ramas a la senda como invitando al paseante a pisotear el derecho de propiedad.

Hoy, al avanzar por la senda remontando el río y al llegar a la sombra del cercado, me he visto detenido por una nueva cerca que, flamante, cortaba el camino en un trenzado de alambres, cañas y espinos. He quedado perplejo. ¿Deberé rodear la nueva cerca? Pero, ¿cómo? De una parte me lo impide el viejo y pétreo cercado; de otra, el río... Deberé retroceder. Mas, ¿por qué? ¿Y por qué no saltarla?

Y la salté.

Sobre los espinos se hizo jirones mi ropa.

Y entonces abati los espinos, derribé el cercado y avancé remontando el río, que vertía en mis oídos, cual nunca, consejas armónicas de libertad.

DIVAGACIONES EGOÍSTAS

El interés de ser amado

(A MANERA DE CUENTO)

En lejano país viví felices horas junto a personas a las que estuve unido por amor entrañable.

Pasó la adversidad junto a nosotros vestida de gendarme, y con amenaza de plantigrado destruyó nuestra dicha al separarnos con grosero impulso.

¡“Dios” así lo quería!... ¡Qué hacer contra su omnímodo poder!...

Dios era, a la sazón, en aquellos exóticos lugares, un simio engalanado con cruces y entorchados que, merced al don de imitación que a su especie caracteriza, pudo aprender a manejar el sable que prestó fuerzas a su cobardía. Favorecido por estas meritísimas cualidades, no es de sorprenderse que se llegara a encaramar en el altar sagrado de la patria. ¡Son tantos los que llegan sin reunir tan apreciables dotes!

En tan alto sitio, todas las vilezas que su cretinismo le hacía concebir eran de fácil realización. Xenófobo, como todos los déspotas, estimulaba entre sus sicarios servidores el deporte cruel de *desgranar* familias (gráfica frase muy celebrada por aquellos entes) para aventarlas despiadadamente.

...¡Y fué desgranada la espiga que formaron nuestros ensueños y alimentó la savia de nuestro cariño!...

... ..

En los atribulados días que siguieron, nuestra correspondencia, único alimento que soportara nuestra mente, fué el soplo que avivaba nuestras esperanzas y atenuaba nuestros pesares. Mas, ¡ay!, poco duró aquel soplo venturoso!...

Un nuevo asalto a la vivienda querida la dejó destruída..., ¡y allí cesó nuestra correspondencia!

Yo, que no podía resignarme al silencio, más doloroso que la misma ausencia, envié constantes misivas, y en ellas mi cariño, ya que no podía enviar otra cosa, y datos sobre mi paradero.

Entre incertidumbres y desesperanzas ha ido pasando lentamente el tiempo, pues según todo el mundo ha comprobado, tanto como parece volar en las horas felices, parece detenerse en los instantes de infortunio...

Mas, ¡ah, por fin!; por fin, aunque indirecta, ha llegado hasta mí una débil lucecita que ha disipado las nieblas de lo incierto.

Días pasados he recibido noticias halagüeñas, y ello me ha llenado de satisfacción, pues, ¿qué puede haber que nos cause mayor agrado que saber que se atenúan las penas de los seres queridos? ¡Nada!

¿Nada?... ¿Dije bien?...

Grande, en verdad, es aquella emoción y muy noble su afecto; mas una voz oculta, pero íntima, me hace dudar de tal afirmación...

No..., no dije bien... Antes al contrario, me parece una irreflexiva ligereza, pues siento en mí, que no tiene mi alegría, aun siendo grande, la expansión requerida para satisfacer mi anhelo.

¿Y por qué, me digo, por qué esta dicha que quiere brillar dentro de mi ser con toda plenitud, palidece? ¿Por qué no cobra la intensidad necesaria para que las sombras y la tristeza que cobijan puedan disiparse aún en los más íntimos reductos de mi corazón?

Porque... ¡qué sé yo! Quizá... Pero yo que no me creo ingrato, ¿no debiera sentirme satisfecho con la noticia recibida, máxime cuando me trae la certidumbre de que se encuentran bien quienes yo quiero?... ¡No sé, no sé!

... ..

Apagado el eco de aquella voz que parecía salir de mi subconsciencia y remover los posos de arcaicos sentimientos, se atenuó un tanto el escepticismo que aquellas preguntas inyectaran en mi sorprendido ánimo, calmóse mi desasosiego, y, recobrada la serenidad, volvió la lucidez a mi atormentado cerebro.

Aquellos y otros contradictorios interrogantes pugnaban por llevar mi cabeza a un mar de confusiones, y hasta llegaron a hacerme dudar de lo que de bondadoso pueda haber en mí, y hacerme creer que pudiera haber anidado en mi corazón la ingratitud. Mas, con la serenidad, ha llegado la reflexión, y ella me ha facilitado algunas reconfortantes razones que han disipado aquellas incipientes brumas de mi pensamiento.

Si es comprensible que todo cuanto haga referencia a los seres queridos ha de sernos muy grato, será igualmente comprensible y justificable que *eso*, por sí sólo, aun siendo mucho, pues que deja en mi corazón un vacío donde se alberga el desconsuelo, no tenga la virtud de hacerme venturoso.

Para poder alcanzar la dicha plena es necesario gustar las delicias que proporciona el goce de lo que, por sernos más *querido*, ha motivado nuestro mayor anhelo.

Y en mi situación, privado ya de la caricia de la voz amiga, nada para mí tan *necesario* y por lo mismo tan *querido* como el cariñoso mensaje *escrito para mí con amorosa mano*.

Cierto que todo cuanto de bien pueda acontecer al ser amado tendrá en mi corazón un eco favorable, y, por consiguiente, será para mí de efecto bienhechor el conocerlo; pero nunca podrá originar aquella alegría que de mí desbordaba, por ser mayor aún que mi esperanza, cuando sus propias palabras eran las que acariciaban mis sentidos, aquellas palabras dulces, merced a las cuales podía yo medir el ritmo acelerado o lento de su corazón,preciado tesoro que, en mi ilusión, creía yo tener entre mis manos...

Es verdad que el sentimiento que tuviera como fuerza generadora la bondad pura, intrínseca, desvinculada de las fuerzas físicas que determinan el humano afecto, no debiera hacer distinción entre la noticia recibida directamente de la persona querida, y a quien por quererla se le desea el mayor bien, o la noticia recibida en forma indirecta o accidentalmente captada, pero que confirma que la persona amada goza del bien que se le desea. Ese sentimiento beatífico, esencialmente altruista y de finalidad puramente objetiva, no haría, no podría hacer distinción, so pena de pecar de egoísta, entre las noticias que por uno u otro conducto le llegaran, y sólo las valoraría por su carácter, por su contenido, ya que sería lo primordial, lo únicamente interesante, pues que la procedencia de las mismas, el origen, sería un detalle desdeñable por carecer de virtualidad. Pero ese sentimiento idealmente puro; ese sentimiento nacido de una bondad abstracta, sólo en abstracto puede concebirse. La realidad de la vida lo rechaza, lo niega.

El sentimiento humano, fruto de delicadas y complejas funciones orgánicas, *obedece* al ritmo e intensidad vital que a cada organismo les son propios, y la acción resultante de ese peculiar sentir *deberá siempre ser beneficiosa para el ser del cual nace*, pues como toda función vital (y no podemos hacer distinción entre lo mental y lo físico), tiene que contribuir, no puede comprenderse biológicamente de otro modo, a sostener la unidad orgánica que constituye el individuo. Tener en cuenta el beneficio ajeno y

olvidarse del propio beneficio, es una inclinación aberrante de resultados biológicamente negativos.

Con frecuencia se califica de desinteresado o altruista el gesto que ostensiblemente favorece a alguien con perjuicio del que lo ejecuta; pero es porque se ignora el móvil real que impulsó aquella acción, la necesidad o el deseo que reclamaban ser satisfechos imperiosamente; necesidad o deseo que, aun no siendo puramente materiales, pueden anteponerse a aquéllos, ya que los de orden intelectual o afectivo, moral o estético, por ser más elevados, máspreciados, suelen ser, por quien así los estima, mejor defendidos.

Toda acción "altruista" persigue ¡siempre! un fin interesado, noble o mezquino, según sea mezquino o elevado el interés que la determina.

Verdad que no siempre que se da es porque algo se espera recibir: verdad. Mas cuando algo se da y no se espera beneficio alguno, es porque con la dádiva ya se gozó del bien ambicionado.

Por lo que a mí respecta, cuando otorgo un favor, siempre en mí puedo comprobar, gozoso, el favor que me hago, y a tal punto, que me considero ser solamente yo el favorecido.

Yo (y así todo el mundo), cuando a alguien *quiero*, naturalmente, es porque *algo* quiero; y ese algo es que *quiero* que ese alguien *me quiera*.

Los vocablos altruismo y desinterés son puros convencionalismos, sin otro sentido ni valor reales que el idiomático; como frases puramente anti-téticas.

La vida está presidida por el interés, por el egoísmo.

¡Cuántos ejemplos nos ofrece de ello la Naturaleza!...

La flor que nos recrea la vista con el grato colorido de sus pétalos, no toma esas tonalidades irisadas para nuestro deleite, como no viste, tampoco, sus atrayentes galas con el "desinteresado" fin (permítaseme la frase) de brindar alimento a los insectos. Brinda, es verdad, su polen nutritivo a los insectos que la visitan atraídos por sus vivos colores; pero ello es solamente como premio al polen fecundante que le dejan.

La flor que no necesita ser fecundada por ese medio artificioso, no ha menester vestir traje de gala..., ¡y no lo viste!

El amor, que es la rosa de la vida, también se viste de festivas galas y brinda sus perfumes y sus mieles; pero..., ¡cuán egoísta es el amor!

El que su amor ofrece, amor *quiere* inspirar, amor *desea*. Y el que ofrece una amistad franca y desinteresada, es porque espera que la persona agraciada por su deferencia le pague con su desinteresada y franca amistad.

Por eso, si a una persona yo le ofrezco o le otorgo mi amistad o mi amor, es porque yo *deseo* su amistad, porque *necesito* su amor.

La obra de Murillo se inicia con tanteos en el taller de Juan del Casti-
llo, pintor inferior a Pacheco o Herrera, sus contemporáneos.

Murillo no abre los ojos al arte y con la magnífica independencia de
otros pintores, deja en los cuadernos o en el lienzo los enérgicos y origi-
nales rasgos que sugiere su espíritu fuerte, como sucedió con "El Greco",
no. Murillo abocetea incierto y temeroso; hace pinitos en la gran fiesta del
arte; pero es poco macho y necesita una hembra fuerte que lo asista.

Entre tanto, otro discípulo de Castillo, Alonso Cano, que ni busca re-
cursos, ni quiere ir a la grupa en el caballo de la fama, se muestra cual es,
desde un principio, y deja una obra personalísima, que por fortuna es no-
table para todos.

Algo influyó el carácter de Cano en su compañero de taller; pero no fué
lo bastante para que Murillo alejase de sí las torpes sugerencias del medio.

Un comentarista del pintor, Safond, dice que sus primeras obras eran
"de un dibujo seco, tímido, sin carácter, de un colorido pobre, mezquino,
frio, que no deja adivinar de ningún modo al maestro en el pleno apogeo
de su genio".

Nada más cierto; pero son contadas las obras en que el popular pintor
sevillano se aparta de la teatralidad calculista.

Avizora y da, por fin, con la hembra morena que será su fiel aliada para
lograr el éxito apetecido.

María Santísima llegó al estudio del pintor por obra y gracia de quién
sabe qué hembra de Triana o la Macarena. Y a partir de entonces, el pin-
tor de la purísima fué popular y pasó a la Historia.

Sus bellos cromos danzaron por todas las iglesias y su nombre fué en
coplas y elogios, como ya andaba el de Juan de Mañara, gran comerciante
de la caridad cristiana.

Murillo llegó al pueblo sin identificarse con él; sin sentirse pedazo de
él; sin encontrar cosas de mayor interés.

Su labor costumbrista quedó reducida a unas escenas de muchachos y
y algunas cristianas o bíblicas, en las que hay elementos humildes, como
en "Santa Isabel curando a los leprosos" y en "San Juan de Dios"; en esos,
como en algunos otros cuadros de sacristía, puso Murillo tipos interesantes
desde el punto de vista expresivo y recio. En general, su obra es de repos-
tería celestial. Almíbar y aceite de linaza. Misticismo de almanaque. Mer-
cantilismo clerical. Arte sin más razón de ser que las apetencias del pintor
y la conveniencia de la Iglesia.

Y a pesar de todo, Murillo era admirado por el pueblo, y sus "purísimas"
son las más "purísimas" que parieron pinceles.

¡Qué le vamos a hacer! Al pueblo le sucedía lo que a los niños cuando tienen un juguete sugestivo, que para convencerse de su mérito lo han de destripar, descomponer o desarmar; de haber hecho eso con la obra de Murillo, habrían observado, con desencanto, que todo era almíbar, aceite de linaza y serrín celestial.

Pero se siguió hablando del pintor sevillano; siguió su inmaculada triunfando por esos museos, como una "vedette" menos cañi que las que ahora, por desgracia, se estilan.

El hombre es su obra. Murillo es su Purísima. Las demás obras poco inquietaron, a pesar de ser las más acertadas.

El era la rutina; su labor era artificio y pastelería pictórica.

Un hecho, acaso el que más refleja su carácter, fué el último de su vida.

Murillo cae de un andamio pintando, no recuerdo qué estampa mística, y, por no dejarse examinar por los médicos, muere víctima de su pudor.

Eso es bastante para comprender la pobreza mental del famoso artista. Eso refleja su falta de capacidad. Su misticismo ridículo. Fué tan imbécil como Isabel la Católica, que no se bañó en su vida, pues prefería la mugre y la roña, tan agradable a la iglesia, a la limpieza y la salud, tan dignamente humanas.

Un técnico, si acaso, pero inferior siempre al cortesano Velázquez, o al delicado Rafael, de Urbino.

Un pintor de iglesia, a la misma altura de la iglesia. Un pintor lo más celestial posible.

MURO

La Música y el Cine

La gran revista anarquista NOSOTROS, exponente de las ideas señeras que en orden a la nueva cultura artística van despuntando en el horizonte de la ciudadanía, me brinda la hospitalidad de sus páginas, para que desde ellas me comuniqué con los lectores propicios al gratisimo ejercicio del comercio estético. Se me ha encargado tratar un tema de música, y buscando yo siempre establecer la más estrecha relación con el lector; procurando una comunión lo más aproximada entre lo que es mi pensamiento como acción y lo que como reacción pueda ser el suyo, he desechado escribir sobre música pura, sobre música no refrendada por la palabra o por el gesto; es decir, sobre música instrumental, y menos abordar un tema árido de estética—filosofía—, o uno arduo e inadecuado de técnica. Coyuntura habrá para discurrir acerca de tan interesantes cometidos, y acaso en estas mismas columnas podamos depositar inquietudes espirituales que, muy dentro de nosotros, prisioneras en el mundo de la idea, pugnan por alumbrar al mundo de la forma; renacer del orbe de la noción al orbe de la expresión. Hemos elegido, como más asequible, y no exento de interés y novedad, el tema de la música y el cine. Digamos algo sobre él, sin la pretensión—claró está—de comprender en este trabajo, ni en muchos más que escribiéramos, todas sus posibilidades.

Los compositores jóvenes cuentan con un nuevo campo de experimentación estética y un nuevo auxiliar crematístico en la cinematografía. Hasta ahora, el hombre excelso, el sabio, aspiraba sólo a la ciudadanía espiritual, y en ella se alimentaba de la fama. La popularidad, en cambio, situaba en la material ciudadanía a los que, no siendo sabios, quemaban en el altar de las multitudes su incienso intelectual, su aceite artístico. Representación los primeros de un como poder espiritual, acariciaban la Gloria, embebiéndose en la contemplación pura, hija de la pura idea de sus abstracciones metafísicas, de sus especulaciones teóricas, de sus lucubraciones mentales. Los segundos, cifra y numen del poder temporal, aspiraban a la Popularidad,

diosa de cien mil ubres, prolífica matrona, ducha en darse a los ávidos. Gloria y popularidad, sabiduría y fortuna, virtud y opulencia, raramente se han conjugado, ni en la ciencia, ni en el arte, ni en la vida.

La música ha tenido siempre el altísimo privilegio de operar una selección, en la Humanidad, sobre el principio del espíritu. El hecho de que haya tantísimos seres que, indotados para la justa comprensión de la expresión sonora artística, al esforzarse en quererla comprender le apliquen el inadecuado instrumento de su razón práctica, explica el muy escaso número de los selectos, que encuentran en ella una forma super-racional—de razón superior—, cognoscitiva, en donde la sensibilidad llama a juicio al espíritu. (No hay para qué decir que los anteriores conceptos se refieren exclusivamente a la música pura, a la música instrumental). Que haya una sola forma de conocimiento—el racional discursivo—, es cosa a todas luces problemática; la Psicología es una ciencia bisoña que va iluminando remotos é insospechados horizontes, sobre los que un estrecho positivismo proyectó sombras de impotencia. El conocimiento sensible, intelectual, tanto puede ser noción como emoción; igual idea que sentimiento. Esto en la esfera de lo normal. En cuanto al dominio de lo supranormal, el vastísimo mundo de las creaciones artísticas y las científicas visiones—el conocimiento se engarza en la intuición, en la inspiración, que yo he llamado “trance estético”, en el arrobamiento, en el éxtasis de todos los genios inmortales, beneficiarios de la Humanidad, evangelizadores de la Verdad y la Belleza.

El mundo, el gran mundo que se acerca al cine, es claro que no acude a la pantalla en busca de puras emociones de arte. Lo que más recrea a un concurso heterogéneo, a un público de espectáculos es, ante todo, el drama, en su sentido de acción; la anécdota, el episodio. La plástica la estima en cuanto visualidad, armonía estática de líneas y colores, cuya animación escapa a su rudimentario sentido estético e intelectual. El gesto, que es ya dinamismo expresivo, dato psicológico, se desliza ante el público rozando su periferia sensible y dejándole antes sorprendido que ilustrado. (Nos referimos al gesto en su más amplio sentido; micro y macro-gestos, según clasificó Jean d'Udine. La función de estos ritmos de la expresión anímica, su complejidad en la mímica del moderno ballet, por ejemplo, si vinculada en su génesis a la vida emocional e instintiva de los seres, de todos los seres como tales, se enriquece y matiza luego con afluencias de tipo intelectual, para cuya comprensión y goce se precisa, por parte del contemplador, el auxiliar arreo de la cultura. En cuanto a la música... Si a la gente se la ofrecen como sal o especia de la acción, la acepta luego gozosa. Así, un público que casi desconocía la Sinfonía Incompleta, la canta hoy entusiasmado, cuando el cine se la ha servido como exponente sentimental de los amores desgraciados de un gran compositor. Y lo mismo los valeses y mazurkas de Chopin, el “Bolero”, de Ravel, y los lieder, de Schubert. Es, no cabe duda, un gran servicio que a la música presta el cine, a cambio de sus relevantes aportaciones líricas, letra a la vista del mejor éxito. Pueden, pues, los compositores, hacer música y hacer buena música. Destinada a refrendar la acción en la pantalla, debe granjearles gloria y dinero—¡magno botín del arte!—, borrando

así aquellos irreductibles términos de antaño, del sabio famoso, pero no popular; del artista ilustre, pero horro de numerario. Ravel goza hoy una segunda fama, gracias a su "Bolero", que, a estas horas, cantan y danzan en las cinco partes del mundo. Schubert, Chopin, comienzan a ser populares, y se proyectan nuevos films con música de Mozart, Listz... Nada importa la subordinación del arte de los sonidos a una escena de cine. La idea de la "música sierva del drama", ya saben mis lectores que brotó en la mente de un gran músico. Y ciertamente que tal concepción, no sólo no restó lo más mínimo a las creaciones musicales wagnerianas, sino que, por lo contrario, fué causa de su mayor expresivismo y sublimación, a la vez que motivos de perfeccionamiento técnicos. Por otra parte, el cine camina resuelto hacia el logro de una síntesis artística, que los griegos tuvieron en la Tragedia, Scriabin buscaba en la asociación de los sonidos, los colores y los perfumes, y Wagner realizó con la poesía del mito, la declamación, la plástica escenográfica y el leitmotiv musical.

El proceso de diferenciación, que es ley biológica en los reinos de la Naturaleza, merced al cual se afirman progresivamente las razas, las familias, las especies, los géneros y los individuos, parece ser también la tendencia del arte. Mas, así como en la Naturaleza ese proceso se resuelve en una síntesis de Humanidad, de fauna y flora universales, en el arte desemboca en un panarte, un gran concierto estético, en donde lo particular, lo específico, se diluye, se resume en aquello de donde emanó. El Gran Arte, el Gran Festival soñado por más de un genio, glorificación, apoteosis verdadera del hombre. La música en el film puede realizar cuanto compete a su misión de agente artístico. Acción, plasticidad, psicología, ambiente, luz, color, todo cuanto en el lienzo se manifiesta como expresión espiritual y vital de seres o como forma y medida de las cosas, tiene en la música su ritmo, su correspondencia, su sinestesia, que al artista creador toca plasmar en sus buceos estéticos. No haya miedo que la música pierda en profundidad lo que gane en extensión al incorporarse al drama. Y menos al drama cinematográfico. Lo sorprendente, lo sentimental, lo maravilloso, tan propio de este llamado "séptimo arte", brinda a la música los mejores motivos. Y ocurrirá entonces que la música ganará en la comprensión de los que desean oírla y pagarla.

FIELDMAN

Tolstoi

¿FUÉ UN INDIVIDUALISTA?

Todo lo bello, que es siempre lo grande aunque pertenezca a lo minúsculo, enamora. Así, por la belleza, enamoró Tolstoi. Fué grande, es decir magnífico, en el amor, amándose a sí mismo por sobre todas las criaturas; fué grande, es decir exquisito y excelso, en el sufrir, ya que ningún otro hombre se le iguala en el delicado sentimiento del dolor; fué grande, soberbiamente grande, en el batallar, pues nunca, en el interior de una personalidad, libráronse combates como los que en él sostuvieron la vida y la muerte, el ser y el no ser, lo que palpita en la carne y el fantasma del cerebro. Por esta lucha, y gracias a esta lucha, conocemos a Tolstoi, ya que por ella nos ha sido dada la oportunidad de conocer el bien y el mal, lo que desea el hombre cuando ama como hombre y lo que sufre el hombre cuando quiere amar como un santo o como un dios.

Cada uno de los que, en su día, amamos a Tolstoi—y el que amó no se olvida nunca de lo que fué motivo de su amor—guardamos de él un recuerdo, lo que equivale a tener formado un juicio o a poseer un conocimiento de aquél a quien amamos. Ante mi conciencia tengo la imagen de Tolstoi, su vida y su obra tal y como yo, juntando materiales que me trajeron el cariño, la inteligencia y la intuición, forjé en mi cerebro.

He leído su obra, no como el lector que se deja arrastrar por imágenes o argumentos cual si fuese cazador de mariposas que sólo ve los vivos colores de los bellos insectos alados sin reparar en la belleza severa y magnífica del bosque; la he leído, "entrándome" en ella, dejando que me envolviese y arrullase la musicalidad suave y armoniosa de su palabra, vertiendo con el pobre Piotr una lágrima dulce por la tierra amada o el hijo querido, pasando noches de insomnio al no hallar en mi cerebro respuesta adecuada a la inquisitiva pregunta que laceraba mi alma, ni en mi corazón el bálsamo de amor necesario para ser todo lo bueno que yo mismo me exigía. La he leído preguntando y preguntándome; buscando respuestas mías a las preguntas de Tolstoi, después de analizar las suyas; sintiéndome carne de su carne; notando en mí la punzada de su dolor; riendo con toda la boca y estremeciéndome todo el cuerpo la risa cuando le "veía" reír a él. Joven, le he mirado muchas veces con los ojos de la imaginación, he seguido sus pasos a través de sus libros, me he esforzado en desentrañar una frase salida de su pluma, he sentido sus suspiros, me han estremecido sus dolores.

Con el correr del tiempo, mientras la vida me presentaba cara hosca, debiendo ganar mi pan con el sudor de mi cuerpo, ya que el de la frente era poco para conseguirlo, enmendé en mi corazón el aprecio que le tuve, ya que casi me cegó el querer, haciéndome ver su obra más serenamente que antes la vi y rectificando un juicio que antes, también, creí cerrado y definitivo. Y muchas veces, muchas, abrí "Mi confesión", porque dudaba—y cada vez era diferente la duda—, y muchas veces, muchas, me preguntaba si es que iba muriendo en mí el cariño hacia el maestro.

Un cierto día que pensaba en él, en su vida y en su obra, de pronto, con la celeridad con que asaltan los malos pensamientos, uno, herético y perverso, se enroscó en mi mente, y "Tolstoi—me dijo—, tu maestro y señor, no obra como dice", y aquello, que fué sacudida dolorosa, minó mi organismo hasta hacerme caer enfermo. Y pensé mucho en él. Y volví a consultar su obra, a estudiar su doctrina entre la mullida prosa de sus libros, a analizar los caracteres de los hombres y mujeres que él "pintó", a cerciorarme del grado de veracidad de sus donaciones a los campesinos, a desenterrar de entre el polvo de las iglesias las viejas creencias que revoloteaban como pajarracos en su bien provisto cerebro... Y vi...

Una vez, casi asustado de mi audacia, me dije a mí mismo: "Tolstoi no es un hermano de los hombres. Tolstoi es un egoísta. Su cuerpo y su fe son cosas distintas y contrarias. Esta niega lo que aquél desea y apetece lo que el cuerpo no le puede dar". Y desde aquella vez que así pensé, ya no he visto a Tolstoi con los mismos ojos con que le vi, y en su lucha, titánica y brutal, no tropecé, por más que hice análisis de ella, con la misma lucha ni con los mismos móviles que sus biógrafos y exégetas hallaron, sino con otros motivos más terrenales y personales, que dieron nacimiento a una guerra interior epopéyica, magnífica y grandiosa, como jamás fué sostenida en cerebro alguno de hombre, porque la personalidad de Tolstoi es una de las más vigorosas personalidades que registra la historia humana y sus creencias, sucediéndose unas a otras en inigualado torbellino, son más que las creencias de su raza, las creencias de la especie, porque Tolstoi representa, cual ningún otro ejemplar, a la humanidad en el vuelo del pensamiento que liberta y en la profundidad de la creencia que aniquila. La lucha que, cual ninguna otra, tuvo por escenario mudo el apacible rincón de Yasnia Poliana, fué, por consiguiente, la lucha entre una gigantesca individualidad humana y la especie a que el cíclope perteneció. Por eso revistió todos los caracteres.

Pero hagámonos unas cuantas preguntas que pugnan por brotar de la pluma: ¿Fué Tolstoi un individualista? ¿Para quién escribió: para él o para los demás? ¿Qué es su vida: un diálogo con alguien, dios u hombre, abstracción o realidad, o un monólogo? ¿No son sus obras pedazos de su vida martirizada? ¿No lleva a ellas lo que siente, lo que hay en él, más que lo que ve? El mujik que él pinta, ¿es el mujik real o el que él "sería", el que él, artista que va más allá de la vida del mujik, interpreta? ¿Se olvidó alguna vez de él, quiero decir: se olvidó de su ego para no obrar como egoísta? ¿Se sometió a la vida familiar, al criterio familiar, al amor familiar o desertó de la familia cuando se consideró oprimido por ella? Cuando es maestro, ¿quién llena la escuela: él o los pobres niños, él o los míseros labriegos? Y cuando ara el campo, ¿se olvida alguna vez de ser el labrador Tolstoi?

Como buen egoísta no se somete a ninguna autoridad, a ningún juez, a ninguna religión. Por egoísmo se insubordina contra el zar y se pone abiertamente frente a él; por egoísmo se juzga a sí mismo día y noche, sin descanso, toda su vida; por egoísmo inventa, después de estudiar todas las religiones y despreciarlas, una religión suya; por egoísmo, en fin, porque su ego no cabe en la estrechez de ningún partido, se aparta de toda política.

Aunque, cuando escribe, parece dirigirse a los demás, se habla a sí mismo. Uno que no fuera individualista—se poseen dotes o cualidades que se ignoran y aun se desprecian—no se haría constantemente una introspección tan meticulosa y con mirada tan severa. En todo cuanto mira se ve, porque palpa, huele y siente su propia potencialidad vital; y cuando quiere arreglar el mundo de acuerdo a lo que él entiende por bien, no lo hace para colmar al mundo de dicha, sino para

tranquilizar su conciencia que, supersensible, le acusa, para aplacar su sufrimiento, para proporcionarse un goce, él que temblaba ante la idea de placer porque gozaba martirizándose. Así, cuando, religioso, quiere ser el más humilde de los hombres, no es por ellos, sino por él por quien predica humildad, gozando de esta forma al haber conseguido una nueva posición, al haber efectuado en él una nueva transformación. Por eso, cuanto más se vitupera, más tranquilo se siente, pues hay en Tolstoi una fuerza vital tan grande que, aunque se trate de vil, "sabe" que no ha caído en vileza, porque jamás hombre de su temple puede caer en la abyección. Se ausculta, se analiza, se dirige a él mismo todas sus miradas. Y es que Tolstoi a quien más amó en la vida fué al propio Tolstoi. No se le conoció otro gran amor.

No hubiera sido grande, si no hubiese sido individual. A todo cuanto tocó le imprimió su sello y todo cuanto escribió es reducción o ensanche, mutilación o explosión de su propia vida. No vivió mirando al mundo, sino mirándose, preguntándose, perfeccionándose, cambiándose. La quietud es siempre la muerte del genio; él, genial hasta el morir, estuvo en constante movilidad.

Cuando se atreve a mirar al mundo, vuelve la vista, horrorizado. Es que el mal ajeno le hace daño. El esteta que hay en él, siente horror a lo feo, y el individuo se repliega en sí, dedicándose, artista, a dar forma bella, no a lo malo que ha visto, sí, como contraposición, a lo bueno que halla en él. En este replegamiento en sí mismo después de asomarse al mundo, existe el deseo de salvarse él, comprendiendo la imposibilidad de salvar a los otros. Por eso se pregunta muy pocas veces por qué viven mal los hombres, sino para qué vive él, ya que al preguntar "¿qué es la vida?", no lo hace con la intención analizadora del científico, extendiendo esta pregunta a la vida en sí, a la vida en general, a la orgánica y a la inorgánica; cuando se pregunta "¿qué es la vida?"—y esto sucede ya en su declinar—lo que pregunta en realidad es "¿qué es mi vida? ¿Por qué y para qué vivo?" En todo, siempre, está él; en todo se encuentra; en todo se ve. No tiene—ningún genio lo tuvo—de la vida un criterio objetivo, sino subjetivo, considerándose en todo momento y lugar el centro vital que es el centro de actividad. Así, cuando parece que sufre por los otros, por quien sufre es por él, por Tolstoi, por su carne martirizada, por limpiar su alma de impurezas. Cuando flaquea su individualidad; cuando se relega en él lo subjetivo; cuando, agotado, se hunde, se hace religioso. Ya no hay en él vigorosidad, pujanza, virilidad. Es un espectro. Entonces es cuando inventa, después de haber rugido, la doctrina de "no resistir al mal con la violencia", que encierra una concepción mística de la vida.

*
* *

¿Fué un anarquista Tolstoi? Nadie, a no ser Stirner, pronunció palabras tan acerbadas contra el Estado, contra el Gobierno, contra el no-hombre. Sin embargo, continuador de Sócrates, se hace moralista y les dice a los hombres que obren de acuerdo al corazón. Aquí empieza su lucha. Por un lado ama al hombre libre, al que se escapa del rebaño, al que desobedece a los pastores, ya que clama contra éstos proclamando la ley natural de la desobediencia que es, ni más ni menos, que rebelión; por otro, por un lazo de amor, lazo del corazón, lazo moral, llama a los hombres a que formen mansa grey. Es que Tolstoi flaquea; es que, por vieja, va deshaciéndose aquella carne; es que ya no hay pujanza en el cerebro; es que ya está marchita su personalidad, ajada y en declive su individualidad. Ya no narra lo que siente, sino lo que "ve"; ya no hace arte, sino religión; ya no escribe bellas novelas, sino decálogos de moral. Nietzsche, el "terrible" Nietzsche, clamando contra toda moral supera en este aspecto a Tolstoi. Si Nietzsche hubiera escrito en un lenguaje comprensible a los humildes en vez de escribir para intelectuales, su "Zaratustra" hubiera hecho una verdadera revolución en las conciencias.

Lo que vale de Tolstoi, lo que se transmite a la especie, lo que enseña sin ser enseñanza, es todo cuanto en él hubo de fuerte, de pujante, de viril, de insomético, de revolucionario, de anarquista; lo que pasa sin dejar huellas es lo condicionado,

lo rebañego, lo moral, lo religioso que pregona. Entre estas dos actitudes se entabla la lucha. Por un lado se siente esclavo de sus riquezas y quiere abandonarlas: actitud rebelde, actitud digna el querer vivir de acuerdo a su doctrina de la pobreza; del otro lado teme perder su comodidad y se somete. Cuando sus discípulos, que suman millones y que son los abandonados de la vida, increpan al señor conde por el lujo en que vive, vacila, medita, piensa; pero tan apegado está a lo suyo que no lo da. No lleva a gusto su cruz, la cruz que él mismo se hizo, la que le colocaron al hombro sus catequizados que exigen que quien habló de pobreza sea pobre, y, creyendo quitársela, hace cesión de sus bienes, no a los campesinos, sino a la condesa, su esposa.

*
* *

Va y viene, mira a la vida, la recuerda, se emociona con ella, crea arte, camina hacia Dios. Y, cosa rara: cuando se dirige al pasado, se dirige, también, emocionado, a la vida, y cuando desea alcanzar lo que él considera eterno, dios, mira a la muerte. Su valor, valor personal y único, no está en lo que es, sino en lo que fué, siempre en lo que fué. Es el santo y fué el hombre. En el combate al aire libre, en contacto con la naturaleza, vence el hombre; en la soledad de su estancia, teniendo por compañía a sus pobres pensamientos que buscan a dios, vence el santo. Aquella lucha regenera; ésta, mata.

Nunca, en ningún hombre, hubo una lucha igual entre ser y no ser. Por temperamento, por constitución física, por fuerza vital, un ser exquisitamente individual; por desviación de su sensibilidad un ser arbitrariamente sometido que trabaja incesantemente en dominar su voluntad para imprimirle una dirección contraria a la que le marca su vitalidad. Y entre estos dos extremos se realiza constantemente la tragedia. Cuando en la batalla gana lo individual, que es la vida, el artista canta, crea y ama su arte; cuando triunfa el misticismo, que es amustamiento de la personalidad, el teólogo abomina del arte y hace religión.

*
* *

¿Fué Tolstoi un individualista?, nos preguntamos al principio, Sí y no. Sí, porque tiene su individualidad tan recia contextura; acusa su personalidad tan suaves, delicados e inconfundibles matices, que, por ser único, es inconfundible. No, porque, en ciertos momentos de su vida—momentos de flaqueza—se abandonó a creencias torpes que mutilaron las alas de su inteligencia.

Ahora bien; ¿quién puede llamarse, con algún fundamento, su más próximo pariente? El religioso no, porque fué un heterodoxo de todas las religiones; el político, tampoco, ya que abominó de todos los cenáculos; el gubernamental, menos, ya que anatematizó toda idea y todo hecho de gobierno. ¿Quién, entonces, es su hermano? El anarquista. Su vitalidad fué anárquica. Y su personalidad única, una unidad de las más valederas de la especie. Es decir, una vigorosa individualidad.

JUAN DE INIESTA

CORREO NUESTRO

S. Pla. Barcelona.—Posiblemente tengas razón, compañero: la Revista no lleva traje llamativo. Pero, ¿sabes por qué? Porque, pudorosos, sentimos un poquitín de vergüenza ante tantos esperpentos bien vestidos como andan por ahí luciendo su vieja vaciedad. Colores chillones, muñecos en posturas ridículas e inverosímiles, montajes fotográficos que rezuman pobreza e insulsez, adornan fachadas y habitaciones de las revistas de moda, como si se hubiese desatado el mal gusto para formar yunta con la grosería que hace tiempo anda suelta. Y... ante un arte que no posee de tal más que el nombre, optamos por hacer lo que la mujer hacendosa que, no siendo costurera ni habiendo en el lugar quien corte y cosa la ropa, opta por cortar y coser los trajes para sus hijos.

Esperamos al artista amado que vista a nuestra Revista con nuevas y alegres galas. Mientras llega, compañero, ten paciencia; que preferimos traje pobre y decoroso al llamativo y carnavalesco que otras usan.

Amparo García. Alicante.—Las tesis anárquicas que aquí planteamos, van dirigidas a la mujer y al hombre indistintamente. Claro está, que la vieja costumbre de hablar al macho, hace que nos dirijamos siempre al masculino; pero debe sobreentenderse que hablamos para los individuos de la especie sin distinción de sexos, ya que a todos los humanos nos interesa por igual nuestra propia libertad.

Una maestra. Benicarló. — ¿Temas pedagógicos? Nadie mejor que vosotras, las mujeres maestras, puede tratarlos. Estas páginas están abiertas para ti y

para todos los que se interesen por tema tan importante como es el de la enseñanza de los niños.

Idem, idem, idem.—Nada, en la vida afectiva o emocional, puede sujetarse a regla, porque cada individuo reacciona de una manera ante cualquier fenómeno que se le presente. Pero lo que sí he notado en los chicos, es una repulsión hacia todo lo que desentona con el ambiente en que se desenvuelven. Por eso no me extraña que ese maestro que se presenta por primera vez ante los que van a ser sus discípulos, descalzo y barbudo, despierte recelos en las criaturas, promoviéndoles la risa y el cuchicheo, signos innegables de desconfianza y casi de repudio, ya que lo ridículo es pariente cercano de lo antipático.

A. Catalá. Barcelona.—No es nuestra la culpa. Hemos escrito repetidas veces a los compañeros anarquistas-comunistas Max Netlau, Pierre Ramus y Sebastián Faure, pidiéndoles colaboración para esta Revista, así como alguna obra suya inédita que publicaría esta Editorial y no hemos conseguido contestación de ninguno de ellos. Después, al leer en "La Voix Libertaire", y más tarde en "L'en dehors", un artículo de Pierre Ramus, en el cual se lamenta el compañero de no haber podido publicar "por falta de dinero" su libro "Violence, Non-violence et Révolution sociale", hemos vuelto a escribirle, sin recibir hasta ahora respuesta alguna. Si tú puedes, haz que le llegue esta Revista, que si él desea que seamos nosotros los editores, le garantizamos una traducción escrupulosa y todas cuantas otras garantías de probidad necesite. A trabajar, pues, ayudándonos y ayudando a la propaganda.

F. Martínez. Madrid.—Si no hubiera estado el original de este número en la imprenta al recibir tu carta, la hubiese publicado. Lo merece por lo pulcra, por lo bien sentida y... por lo candorosa. Sólo quiero decirte esto, compañero: Te han engañado. Y ten por entendido que quien engaña a otro, algún interés lleva en ello. Los individualistas no odian a los hombres, no, Martínez; los individualistas son los hombres que más respetan a los demás hombres. No les dan una regla para que sujeten a ella su vida, que eso se llama gobierno; no les presentan un código para someterlos a la tortura de una obligación, una coacción y un castigo, lo que es igual a dictadura; no les embaucan con unas cuantas ideas a las que se da pomposamente el nombre de "cuerpo de doctrina" y al que se le considera salvador, lo que equivale a enseñar religión haciendo fanáticos. Los individualistas anarquistas dejan a los hombres en plena libertad para que hagan lo que les plazca, que es el mejor y más práctico de los respetos y el mejor y más práctico de los amores. Lo demás, todo lo demás, compañero Martínez, es gobierno. Y eso sí que es odio del negro más puro y corrosivo. Por lo regular, los que quieren ser los amos se reúnen, como si fueran arquitectos

que van a hacer un gran edificio—estructurar, dicen ellos—en Congresos. Allí, hombres que no suelen saber de nada, hablan de todo y dan opiniones y pareceres sobre todo, terminando por legislar sobre lo que ignoran, que es tanto como dar órdenes terminantes de obediencia a los ausentes. ¿Y sabes por qué, Martínez? Pues porque ellos, los que así obran, no quieren a los que llaman sus hermanos. Si les quisieran, si nos quisieran, compañero candoroso y bueno que te llamas Martínez, que es tanto como oler a pueblo, no nos tratarían en forma tan irrespetuosa y desconsiderada, queriéndonos colocar, como si fuéramos ladrillos o piedras, en los lugares que a ellos, "arquitectos sociales", se les ocurre. Guárdate, pues, de esos arquitectos que quieren "estructurar" la vida, tu vida, compañero, colocándote en donde a ellos les place, como si fueras ladrillo. Esos no se llaman individualistas y aun odian esta palabra por ser una de las pocas que suenan a libertad; esos se llaman humanistas, palabra sabia y simpática que denota amor a humanos. Ahora, tú debes averiguar si, por quererse horcajar, como amos nuevos, sobre los lomos de los hombres, merecen el calificativo de humanóforos.

I.

ADMINISTRATIVAS

Giros recibidos del 21 de diciembre del 1937, al 21 de enero de 1938.

Centro D. P.—MADRID, 205; Juventudes Libertarias—LERIDA, 8; Colectividad Campesinos—INIESTA, 900; Pallarés—P. DE EBRO, 12; J. J. Libertarias—VENTAS (Madrid), 100; J. J. Libertarias—VANDELLOS, 5; Pedro Gascón—CALDAS DE MALAVELLA, 11,90; M. Sánchez—ANDUJAR, 150; A. Molina—FLOREAL DEL RASPEIG, 10,50; J. J. Libertarias—HELLIN, 138'60; Juventudes Libertarias—ELDA, 7; F. Fabregat—MONCOFAR, 11'70; S. García—ELDA, 19'70; Juventudes Libertarias—MURCIA, 45'50; B. Menés—ALCANIZ, 11'70; H. Escalada—C. DE GUADAZON, 6; R. Pérez—ALFAMBRA, 12; A. López—POZOBLANCO, 12;

Juventudes Libertarias — GRAMANET DEL BESOS, 19'70; E. Abrial—BARCELONA, 11'70; Morales Guzmán—ALMERIA—694'05; Martín—ALCAZAR, 7; J. Ginestá—PINA DE EBRO, 75; J. J. Libertarias—CARTAGENA, 222'25; A. Llovera—PINA DE EBRO, 12; J. Sanz—PINA DE EBRO, 25; M. Valverde—FRENTE SUR, 20; F. Llinares—ONTENIENTE, 10'50; J. Pina—BUJARALOEZ, 30; J. J. Libertarias—BENICARLO, 24; Juventudes Libertarias — HELLIN, 17'50; J. J. Libertarias—GERGAL, 16'50; J. Hortelano—BUJARALOEZ, 25; J. J. Libertarias—VERGEL, 19'70; M. Amigo—DIEZMA, 6; Ballesteros Girón—ARJONA, 300; E. Bchnisch—Cárcel Modelo, VALENCIA, 6; Unión Distribuidores—BARCELONA, 117; Tarrasó—83 Brigada (donación), 75.

LA OBRA DE HAN RYNER

NOTA IMPORTANTE

La obra de Han Ryner se conoce fragmentariamente en España. En estos últimos meses estábamos haciendo trámites, con el propio autor, para publicarla, completa, por esta Editorial. Y hoy, que la muerte nos lo ha arrebatado, nos disponemos a hacerlo de inmediato para que conozcan todos el venero inagotable de sabiduría y de bondad que en ella se encierra.

Como primer tributo de estimación a la memoria del amado muerto, el próximo número de la Revista será dedicado a su memoria, retrasando la publicación de su última obra, "La Iglesia ante sus jueces", traducida ya por el compañero Felipe Aláiz, para dar lugar a hacer un estudio biográfico completo del que en vida fué el mayor amigo de los hombres, y colocarlo, a su frente, como prólogo.

En el número-homenaje a Han Ryner, daremos detalles completos de nuestros proyectos.

NOSOTROS



UNA PESETA

Ayuntamiento de Madrid